

Sodio

JORGE CONSIGLIO



SODIO

JORGE CONSIGLIO



ETERNA CADENCIA EDITORA

Consiglio, Jorge
Sodio / Jorge Consiglio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora,
2021.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: online
ISBN 978-987-712-221-3

1. Literatura Argentina. 2. Literatura Contemporánea. 3. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2021, Jorge Consiglio
© 2021, ETERNA CADENCIA S.R.L.
Primera edición: febrero de 2021
Primera edición digital: marzo de 2021

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com
www.facebook.com/eterna.cadenciaiii
twitter.com/eternacadencia

ISBN 978-987-712-221-3

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o
procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del
copyright



SODIO
JORGE CONSIGLIO

De golpe, me acordé de la vez que participé en la copa “Mar del Plata-Miramar”. Era un día brumoso y el agua estaba revuelta. No distinguía las boyas ni el faro. Me perdí mar adentro y me tuvieron que rescatar. El pasado nunca prescribe, pensé, se proyecta.

Hay experiencias de la infancia que irradian sus consecuencias durante toda una vida, a veces incluso imperceptiblemente. Ese pareciera ser el caso del protagonista de esta historia, cuando a los diez años conoce a Leonardo Del Vecchio, su primer profesor de natación, y el agua se convierte en su nuevo hábitat, un refugio para los momentos en los que la existencia en tierra firme se vuelve demasiado frágil.

Y después, el derrotero de una vida hecha de pequeñas rutinas como una suerte de conjuro contra la incertidumbre: una adolescencia tranquila en Mar del Plata; una carrera de Odontología en Buenos Aires; un viejo amor de la juventud que reaparece en la adultez; un prometedor trabajo en Brasil.

Jorge Consiglio construye una novela cautivante, como solo puede hacerlo quien sabe fijar la mirada en lo ínfimo, en el detalle, para luego pasar, en apenas unos segundos, al avistamiento de lo imposible.

Para Orloff

La belleza figura en la categoría decimosexta; es un pez vivíparo, oblongo.

JLB

Es como si caminara por un pasillo largo que alguna vez estuvo cubierto de espejos. Aún hay fragmentos colgados. Cuando llego al final del pasillo no hay nada más que oscuridad. Sé que cuando entre en la oscuridad moriré. Siempre regreso antes de alcanzar el final. Salvo una vez.

John "Scottie" Ferguson, *Vértigo*,
ALFRED HITCHCOCK

Tenía una ceja más gruesa que la otra. Y cuando el asunto era grave, la arqueaba. Con ese gesto - distinguido a primera vista- subrayaba su inteligencia y, casi sin proponérselo, su autoridad. Amanda, mi madre, era imbatible. Se plantaba rígida, con la frente en alto, y miraba desde su torre. Entonces, nosotros, para esquivar su terrible atención, nos ocupábamos de cualquier asunto; mi padre, por ejemplo, tosía, se mordía una uña o se frotaba los ojos como si de golpe tuviera sueño. Improvisábamos estrategias con cierta resignación: por anticipado, nos sabíamos vencidos.

Amanda era dentista -odiaba la palabra odontóloga- y trabajaba en dos dispensarios. En uno atendía a chicos, pero su interés estaba en otro lado. Le apasionaba la Segunda Guerra Mundial. Y cuando tenía tiempo -por lo general, en verano, en las larguísimas tardes de verano—, pintaba bastidores con acuarela. Como todos, era contradictoria: amaba la cultura física, pero no movía un músculo. Valoraba más el esfuerzo que el talento. Por nada del mundo admitía la posibilidad del error. Se enojaba todos los días, rigurosamente. No gritaba ni hacía escándalo. Clavaba la mirada con esas cejas desaparejas que tenía. Era un gesto severísimo. Daba a entender que no era ella la que desaprobaba, sino algo anterior a su juicio, que no aceptaba réplica.

*

Construyeron una muralla a nuestro alrededor. Afuera, el mundo era imprevisible, hostil. Con Emi, mi hermana, no nos quedó otra alternativa que organizar una vida puertas adentro, y creímos en eso con resolución. La palabra clave era autonomía. Nos divertíamos como locos con juguetes simples -cada uno tenía los suyos— y compartíamos el espacio; de esta manera, esquivábamos la soledad. Así, sin proyecto, casi sin darnos cuenta, nos volvimos dueños de casa. Teo nos cuidaba. Era angosta de hombros y se reía de todo. La recuerdo feliz, y esa particularidad —su aire despreocupado— también nos formó. Mi hermana y yo somos lo que somos por nuestros padres, pero también por Teo. Preparaba tartas de verdura: zapallo y espinaca. Después, nos servía un bol de arroz con leche. Mi hermana lo rechazaba siempre. A mí me daba lo mismo comer una cosa que otra. Teo jamás nos retó. Era la persona más buena que conocí en mi vida. Su actitud clásica: beso en la cabeza. A veces, mirábamos televisión con ella, programas infantiles. Teo se reía a carcajadas. No le gustaban las bebidas calientes. Las tardes de invierno, se paraba frente a la ventana de la cocina —la mirada fija en un punto— y soplaba con delicadeza su té digestivo.

Un verano -yo tendría unos 10 años- mis padres nos anotaron en un club a mi hermana y a mí. Nos resistimos, pero fue en vano: nos dejaban a la mañana y nos pasaban a buscar a la noche. Exhaustos, muertos de hambre. Cambio radical: ahora el mundo -el intercambio con el mundo— era clave para nuestro desarrollo físico e intelectual. ¿A quién discutirle? Las palabras de los mayores suelen funcionar como mandatos. Hagan caso, gritaron. Las clases de natación las daba un hombre parecido a un buey. Se llamaba Leonardo Del Vecchio, como el millonario italiano. Andaba en una Gilera 200 y se ponía cascos con visera y camperas de cuero.

Los fines de semana, Del Vecchio solía irse en moto a la costa con algún amigo. Una vez él y

uno de sus acompañantes pararon en Dolores. Comieron asado a la sombra de un sauce. Después, metieron la nuca bajo un chorro de agua. Tomaron aire y siguieron camino. En el kilómetro 249 empezó a fallar una de las motos. El desperfecto fue insalvable, se interrumpió el viaje. Pasaron la noche a campo abierto. El repuesto llegó a las 10 de la mañana del día siguiente. Del Vecchio era meticuloso con sus relatos. Y ese exceso, la abundancia de detalles, los hacía inolvidables. Escucharlo era una experiencia única. Lo cotidiano, para él, era excepcional. En eso radicaba su secreto. Del Vecchio: narigón, patilludo, cara de prócer, San Martín en los billetes de cinco pesos.

Mi padre hablaba poco. La competencia mueve el mundo, decía. Idea rústica pero verdadera: la rivalidad —y el beneficio— como eje del dinamismo. La competencia, la competencia, repetía. Procesé esa idea y ahora la reformulo: los vínculos humanos son transaccionales, sin excepción. Lo pienso. Soy adulto. ¿Tengo alternativa? Varias veces, la experiencia, con su barbarie, me corrigió el punto de vista. Un golpe, un golpecito en la mano, como castigo por tocar algo indebido. Así se marca la falta, el lapsus. Olvidé por completo la maquinaria de la infancia. Los años se acomodaron unos sobre otros como la grasa en el abdomen. Dobleces. Fuelle. Durante la adolescencia, el espíritu gregario —no el mío, el de los otros— me mantuvo con vida.

*

Durante años no pasa nada y de golpe, en un mismo día, las cosas se encadenan y todo se viene abajo. Un jueves, mi madre llegó distinta del dispensario, con algo en la cara, como un asombro, que le agrandaba los ojos. La piel de los párpados, tensa, tensísima, daba la impresión de que en cualquier momento iba a ceder. Entró decidida y se acomodó el pelo con una mano. Después hizo un gesto insólito: dobló los labios como si la gravedad los venciera. Y esa tontería, esa nada, la convirtió, de un momento a otro, en una vieja. Como era enormemente perceptiva, descubrió el cambio en el reflejo de nuestros ojos -estábamos mi hermana y yo; mi padre, siempre ausente—. El terror le heló la sangre, pero como no se entregaba fácil, activó enseguida un descomunal sistema. Neutralizó la rigidez y detuvo en segundos el declive. Después endureció la mirada, sacudió la cabeza: con ella no iban a poder. Una tragedia de las mínimas. Duró lo que un estornudo.

Su malestar tenía dos razones. La primera, una discusión con la jefa más odiada; la segunda, haber sido testigo de un accidente, alguien había caído de un quinto piso. En la cena, contó estos hechos, pero, en realidad, lo que hizo fue enumerar sus actividades del día. Puntualmente. Así era ella. Mi madre: Mejor ignorar lo que nos afecta. Pensar lo indispensable. Variar de rumbo. A esto se abocó con cuerpo y alma. Tenía una destreza única: les cambiaba el sentido a las palabras. Las frases que armaba, como es obvio, tenían otro significado. Y esta noción, este nuevo concepto, era inestable; su definición variaba con las circunstancias. Interpretar a mi madre resultaba imposible. Aquella vez, por ejemplo, nos dijo sin decirnos que había decidido cambiar de ciudad. ¿Nos mudamos?, preguntó Emi convencida de haber entendido mal. Ya mismo. Lo antes posible, respondió mi padre. Nos va a venir bien a todos cambiar de aire.

Mi padre trabajaba en un banco. A la semana de aquel episodio, pidió el traslado e, insólitamente, le salió enseguida. Antes del año, estábamos en Mar del Plata, en un chalet a diez minutos del puerto. La realidad no se predice, le gustaba decir a mi viejo. Yo tenía 11 años y estaba desesperado: cambiaba de escuela. Repito: cambiaba de escuela. Además, los pies me habían crecido una barbaridad -ahora calzaba 43— y mi hermana Emi no hacía más que hablar de las cosas que se perdía de vivir.

En la costa, mi viejo fue otro. Se dejó una barba que le enmarcaba la boca y le resaltaba los ojos. Era un Conrad de cabotaje. Nos llevaba a la escuela en auto. A primera hora. Todas las mañanas. Yo viajaba adelante; mi hermana, callada, ausente, en el asiento de atrás. Teníamos una rural bordó con paragolpes de metal. A mi derecha, indefectiblemente, se abría el mar con su inmensidad. Durante aquellos viajes, escuchábamos la radio como si fuera un rito. Del parlante salía una mezcla de música, voces y ruido. Siempre pasaban las mismas canciones. Era una de las pocas felicidades del día: el consuelo de la repetición. Con sus compromisos comerciales, las emisoras certificaban nuestra estabilidad emocional.

*

Iba a una escuela que de afuera parecía una fábrica. Miraba a mis compañeros desde una enorme distancia; desde una nube. Yo estaba fijo en el pasado, en un pasado a mi medida, diseñado con todo lo necesario para perdurar. Me entusiasmaba la idea de la reedición de mis mejores momentos. ¿Por qué no podría suceder? Hay un modelo cosmológico: el universo es cíclico; mi vida no sería una excepción. Pensaba: Todo es cuestión de tiempo. Uno se entusiasma con lo que puede. Me decía: Hay que estar a la altura de las circunstancias. La cabeza se me iba en todas las clases; en particular, en la de matemática y en la de física. Las mañanas corrían lánguidas y yo pensaba en cualquier cosa. Mi rescate era el recuerdo de ese tiempo en el que, ahora me enteraba, había sido feliz.

Teníamos gimnasia los martes a las tres. Íbamos a un club del centro. La escuela terminaba a la una y yo me refugiaba en uno de los bares de la ciudad que se llamaba “El pasillo”. Estaba frente al Hotel Provincial. El mozo, un tal Nelson, había sido doce años guardavidas de La Perla. Un día se compadeció -mi cara de desolación habrá sido evidente- y me invitó a entrenar. Venite al natatorio, dijo. Usó esa palabra: “natatorio”. A la semana, empecé: lunes, miércoles y viernes de 16 a 18.

Nadaba crol y espalda. También, trabajé la patada de mariposa. De un día para otro, me transformé en deportista, que es igual de absurdo que convertirse en astronauta. Lo sentía al caminar, cuando movía los brazos o giraba la cabeza. La pileta me dio más de lo que esperaba. Salía con la sensación de haber visitado el paraíso. El agua era algo difícil de entender. Se presentaba como una irre realidad.

Nelson me miraba cuando yo pataleaba. Decía que tener los pies grandes me daba velocidad. Antes de que terminara el año, me había anotado en tres torneos; dos los gané y en el tercero salí

segundo. Mi madre, en esa época, se teñía el pelo de rubio platinado. En las carreras, cuando sacaba la cabeza para tomar aire, distinguía su melena blanca en medio del público. Era un faro. Me distraía y orientaba al mismo tiempo.

Un día falté a la escuela. Me compré unas pastillas Halls de menta, un paquete de Derby y un encendedor. No había fumado en mi vida, pero creí distinguir en los que lo hacían una resolución absoluta y pensé que si los imitaba podría alcanzarla. Los fumadores sabían qué era lo que querían. Y, sobre todo, cómo lograrlo. Había una destreza en el movimiento de sus manos. Era un acto que expresaba manejo del placer: distinción, gracia, administración del tiempo, resolución o, más precisamente, autonomía.

Prendí mi primer cigarro frente al mar. Dos pitadas y lo tiré. Me pareció espantoso. Sentí gusto a metal y a tierra al mismo tiempo. La frustración fue tan grande que descarté el paquete y pensé que lo que acababa de sufrir era una muestra de mis limitaciones; al fin y al cabo, un rasgo de personalidad. Soy flojo, me dije. Lamenté el hallazgo profundamente.

*

Con desesperación, volví a nadar. Tuve la certeza de que esa actividad me iba a hacer bien o, mejor dicho, que era la única ocupación que podía ofrecerme algún beneficio. Nelson habló con mis viejos y me anotó en una competencia provincial. Entrené todos los días. Me sentía más grande que el mundo que me contenía. Yo, con mis discretas habilidades, manejaba las cosas a mi antojo, y esa experiencia me confirmó en un rumbo. Incierto, es verdad, pero rumbo al fin.

El segundo martes de junio, Abel Kreimer, un compañero de colegio, accedió a explicarme trigonometría: yo estaba más perdido que nunca. Saqué fuerza de donde pude y fui a su casa, que era muy lujosa: tenía fondo y pileta. Creo que el padre trabajaba en astilleros o incluso él mismo era dueño de uno. Entré, y lo primero que vi fue una chica que tocaba el piano como los dioses en un living inmenso. Al rato, me enteré de tres cosas. Una: era la hermana menor de Kreimer. Dos: tenía un nombre excéntrico, Raisa. Tres: practicaba una Fantasía de Schumann.

Con Kreimer nos pusimos a estudiar en la mesa de la cocina. No duramos mucho, cualquier cosa nos distraía. Salimos al jardín y nos tiramos al sol. Raisa también había abandonado su tarea. Ahora fumaba sentada en el pasto. Mi amigo me convidó un Marlboro y le dije que sí. El destino me ponía a prueba y esta vez no podía fallar. Agarré el cigarrillo entre el índice y el mayor y esperé a que me lo encendiera. Disimulé el asco todo lo que pude. El humo me raspó la garganta y bajó hasta los pulmones. Supe que no quedaba otra: había que insistir. Pensé que, más allá de lo que se diga, los vicios son, definitivamente, triunfos de la voluntad.

Los años de la secundaria pasaron volando. Gracias a la mediocridad de mi entorno, egresé sin problemas. Me había acostumbrado al frío, al viento del mar y a los cigarrillos mentolados. De golpe, los cinco amigos que había hecho se iban a estudiar a otra parte. La ciudad se vaciaba y, como si reaccionara al abandono, se cerraba sobre sí misma. Las calles y las plazas eran de nadie, y ese atributo -la más pura ajenidad— las volvía impasibles.

*

Llegué a Buenos Aires y me sentí extranjero. Los edificios eran los mismos, ladrillo por ladrillo, pero también eran otros. Estuve un tiempo desconcertado. Evalué varias carreras hasta que me decidí por algo tradicional. Nunca tuve imaginación, me anoté en Odontología. Mi madre, feliz.

En esa época, ya sabía que el movimiento es vida, pero también que el tránsito debe respetar ciertos límites. Lo mío siempre tuvo que ver con los circuitos. Recorría los mismos lugares: las manzanas que rodean el Hospital de Clínicas y dos o tres cuadras de Villa Crespo, barrio en el que alquilaba un departamento. A veces, como si fuera un recuerdo de infancia, me venía a la cabeza cierta imagen de Mar del Plata: una construcción en la playa cerca del faro, semi hundida en la arena y cubierta de grafitis.

La carrera implicó algo de esfuerzo y mucha verticalidad. Un grupo de amigos me ayudó a estudiar, fui muy productivo. En aquel momento, se me había alargado la cabeza; fue el primer cambio evidente de la adultez. Para disimular esa forma medio ovalada -el mentón casi me rozaba el pecho—, me había dejado unas patillas largas que parecían branquias. Usaba camisas blancas impecablemente planchadas que, cuando empezaba a hacer un poco de calor, despedían olor a almidón.

No me costó conseguir empleo: me contrataron en el mismo instituto en el que había trabajado mi madre. El director, el doctor Lacunza, un panzón de corbata siempre llamativa, cada vez que me cruzaba, decía que jamás había conocido una persona más talentosa que ella y, aunque sus palabras aludían al plano laboral, alcancé a distinguir en el tono de su voz un esmalte de emoción que, a las claras, traducía un vínculo de otra índole. Por supuesto, empecé a pensar en otros términos nuestra abrupta ida a la costa.

En el instituto me encargaba de Ortodoncia. Quería juntar plata para instalar un consultorio con un par de colegas. Uno de ellos tenía contactos para conseguir prepagas. Nuestra idea era prosperar rápido y con el menor esfuerzo posible. En esa época, estaba asentado en una felicidad tan elemental que no me alcanzaba ningún revés: mi padre, en la costa, había condensado su pensamiento; ahora, para él, la comida, el pan concretamente, era metáfora de todo.

Buenos Aires me trataba bien. Nadaba dos veces por semana, compraba comida hecha y dormía estupendamente. Había una pileta en la calle Paraguay que me quedaba de paso. Cuando salía de entrenar, tomaba un café en un barcito de Azcuénaga y entraba relajado -con el ambo sobre el cuerpo y olor a coco en el pelo— al instituto. Todo era simple en mi existencia; la logística de los días me resultaba placentera. Cumplía ocho horas frente al sillón, pero ni lo sentía. Cada tanto, cruzaba al estacionamiento del Clínicas y fumaba como un gran señor. La brasa del cigarrillo se volvía un punto rojo y yo pensaba en lo bien que me estaba saliendo todo. Las personas, que iban de un lado a otro en la calle, parecían sensatas y metidas en sus asuntos. De alguna manera, ese automatismo las preservaba; sin embargo, la resolución que mostraban en su andar se esfumaba apenas abrían la boca en el consultorio.

Mi momento preferido del día era el atardecer. Fumaba el último cigarrillo y, no sé si porque ya me faltaba poco para irme a casa, sentía que el aire se volvía cortante y definitivo.

Un día, Raisa, la hermana de mi antiguo amigo Kreimer, se presentó en el instituto. Hacía más de una década que no la veía. Había llegado a mí por recomendación de un conocido. Ortodoncistas como vos hay pocos, me dijo. Tenía una dentadura perfecta, pero quería corregir un diastema casi imperceptible. De un momento a otro, nos sentimos cómodos. Hablamos de Mar del Plata y de Ariel, mi compañero, que ahora era dueño de un negocio en la avenida Luro. Ella, en cambio, se había dedicado al piano. Acababa de llegar de Europa. Por lo que contó, seguía la técnica de Mendelssohn: tocaba con las muñecas alzadas para lograr un sonido redondo. Conservaba la misma mirada -la atención no coincidía con el objeto enfocado por los ojos— que yo había registrado la primera vez que la vi. Al igual que los peces, casi no pestañaba. Tenía boca grande y sonrisa gingival. El turno que había tomado era el de las 12.30, el último de la mañana; después yo hacía un receso para almorzar. No pude resistirme y la invité a la cafetería, no quería interrumpir el flujo de la charla. Aceptó antes de que terminara de hacerle la propuesta.

*

Raisa -llevaba el pelo planchado y las uñas pintadas de rojo cereza- cuando hablaba, sonreía. Disfrutaba los Preludios de Chopin -dijo que era el pianista más revolucionario y el más clásico— y los paisajes tropicales. Por esa razón -porque últimamente había decidido organizar su vida de acuerdo al placer— había aceptado dar una clínica musical en dos ciudades de Brasil. Nos despedimos. Me quedó una sensación de frescura en el cuerpo. El mar, dije en voz alta. Pensé en Brasil. En mi última visita, una bahiana me había adivinado la suerte. Yo no había entendido el idioma, un portugués hermético, ni las predicciones. *Oché*: sangre en las venas. Usted no tiene destino, había dicho la mujer para despedirme.

Caminé hasta Pueyrredón y compré un atado de Marlboro. La humedad -eran exactamente las 14.10— hacía de Buenos Aires un pantano. En la puerta del instituto, me sumé a una rueda de fumadores, había colegas y personal administrativo. Estaban cerca de uno de esos ceniceros metálicos de pie. Con el cigarrillo entre los dedos, dije algo sobre el clima y largué una columna de humo hacia al cielo. Imaginé a Raisa frente al piano y, con algo que no sé si llamar intuición o capricho, percibí que esa mujer, a diferencia del resto del mundo, tenía un finísimo registro de sí misma y de su prójimo.

Mi hermana Emi también se había venido a Buenos Aires. Estaba casada con un veterinario que trabajaba en un laboratorio de análisis clínicos. Era un tipo raro, despedía olor a pollo. No era un vaho ocasional sino una atmósfera -tenía cierta materialidad— que crecía de a poco. Vivían felices en Adrogué, en una casa grande, con dos hijos varones, traviesos hasta la locura.

Emi fue de rápida evolución: en seis meses se convirtió en un satélite de su marido. Apagó su individualidad y sobrevivió como un ente que orbitaba en torno al veterinario. Igual que mi madre, amaba la Segunda Guerra pero, a diferencia de ella, mi hermana se detenía en curiosidades. Para Emi, esas rarezas, que descubría en eternas derivas por internet, eran erudición. A veces, muy de vez en cuando, algún que otro domingo, yo iba a almorzar a su casa. Soportaba como podía la embestida de mis sobrinos. El más chico me pisaba los zapatos y me obligaba a jugar con él. Emi hacía ravioles con salsa de champiñones, nuez moscada y pimienta negra. Durante la comida, nos contaba sus hallazgos. Elijo al azar. Un general alemán confesó que prefería a los italianos como enemigos antes que aliados: para vencerlos necesitaba cinco divisiones, para defenderlos, veintisiete.

Con los años, las cejas se me pusieron igual a las de mi madre, una más gruesa que la otra. La metafísica de los padres, pensé. Recordé el gesto que hacía ella, me llegó como una especie de revelación, y lo repetí -arqueé la ceja más poblada— para distinguirme. Son pequeños ademanes que en ciertas ocasiones producen cambios formidables.

Fui materialista toda mi vida; sin embargo, sería tonto negar la importancia de la energía en la confección del destino. Al tiempo de esta alteración -al de las cejas, me refiero— recibí una noticia, una de las malas. Mi hermana se había enterado -se lo había contado el conocido de un conocido— que Leonardo Del Vecchio, nuestro viejo profesor de natación, acababa de morir. Beatíficamente: infartó mientras dormía. La verdad es que el hecho me afectó poco y nada. Me acordaba muy seguido de Del Vecchio, pero era un afecto del pasado. Cuando Emi me lo dijo, hice un chistido de lamento en el teléfono y enseguida, como para despejarme la garganta, tomé un sorbo de café. Es hoy, dijo Emi. Lo velan en la calle Acevedo. Hay que ir. Me negué. Tenía cosas que hacer y pocas ganas de moverme, pero ella estaba convencidísima. Empujó hasta que cedí. Venite en taxi hasta el instituto. Vamos al velorio, después te llevo a tu casa, le dije.

La tercera vez que Raisa vino al consultorio, me invitó a uno de sus conciertos. Es algo chico en el Colegio de Escribanos, aclaró. Y se miró las manos como si fueran alhajas. Agendé la cita: miércoles a las diecinueve. Esa tarde, en la sala del Colegio de Escribanos, Raisa se sentó al piano con displicencia. Nada de lo que pasaba le importaba demasiado: ni la luz cenital, ni el público, ni el presentador. Yo me había puesto un traje moderno que usaba en contadas ocasiones y me dio la sensación de que todos me miraban. Al final de la función, cuando me acerqué a saludar, me encontré con Abel Kreimer, que me abrazó con mucho cariño. Los vínculos de la infancia suelen ser eternos: a los diez minutos habíamos recuperado la intimidad. Me dijo que se iban a La Biela a tomar una copa y, nobleza obliga, me invitó. No nos podés decir que no, exigió y le temblaron las mejillas. Nos sentamos al lado de una ventana por la que entraba el olor de la plaza. Pedí un Martini seco con aceituna -copa que había visto en la escena de alguna película— y otra vez me sentí el centro de las miradas. Éramos cinco en dos mesitas redondas. Uno de los tipos, creo que era un director de orquesta o algo así, empezó a hablar de la importancia de la mano izquierda en las composiciones de Schönberg. Todo lo que decía me parecía estúpido.

Raisa estaba silenciosa e inmóvil, a mil kilómetros de distancia. Tenía los ojos clavados en el ombú de Quintana, lo usaba como punto de apoyo de algún pensamiento, y dejaba que el pelo le cayera sobre la cara. En ese momento, vi algo que me llamó la atención: en su cuello de valquiria latía una arteria. Y ese dinamismo tan callado, tan recóndito que ni ella misma notaba, se me presentó como una invitación, un llamado, algo extraordinario a lo que debía responder con velocidad y elegancia.

Me asomé al cajón. Del Vecchio estaba como lo había conocido, los años habían refinado su magnífica cara de prócer. El declive se notaba, sobre todo, en las arrugas que nacían en el borde de los ojos y se expandían sobre las sienes. El detalle me atrapó. Literalmente, no podía entender esa forma de la vejez. Me agaché y miré con cuidado. La piel era rosada, parecía delicadísima, y las arrugas eran profundas, pero mantenían una tersura en el trazo -un compás, podría decirse— que daba la idea de que eran fruto de un desgaste amoroso y sutil. Es el agua, el roce con el agua, me dijo un tipo que estaba a mi lado. Giré la cabeza. ¿Sabés quién soy?, preguntó. Era un antiguo compañero de natación, otro alumno de Del Vecchio. Salimos a la vereda a charlar; las manos en los bolsillos, las solapas levantadas. El cielo estaba completamente cubierto, tanto que la calle parecía techada. Insólito: me había quedado sin cigarrillos. Insólito: mi viejo compañero fumaba la misma marca que yo. Casi no me acordaba nada de él -lo había dejado de ver en la infancia—, pero el tipo tenía noticias recientes sobre mí. Cada tanto hablo con tu hermana, me dijo. ¿Con mi hermana? Sí, hablamos cada tanto, repitió. Mejor no pensar, me dije. Era alto. Tenía un apodo de esos que usan las clases altas: Toni o Cuti o Facu. Sus proyectos eran concretos. Quería instalar una placa en memoria de Del Vecchio en la pileta que había sido su hábitat. Me negué a participar en la movida, pero esa vuelta al pasado -de la mano de mi hermana, de Del Vecchio y de Toni o Cuti o Facu— hizo que cambiara la mirada sobre el agua: dejó de ser un hobby y pasó a ser un elemento que justificaba mi vida.

La audacia es un valor. Un valor indispensable. Pensé: En un mundo simétrico, lo imprevisto brilla, siempre brilla. De golpe, supe que aquella noche en La Biela iba a ser mi noche, la que quedaría en el recuerdo. Hay que hacer que algo cruja, pensé. Provocar. Producir terremotos, plegamientos en la corteza terrestre. Raisa Kreimer se paró con dos movimientos -desplazó la silla con la presión de su pierna—, se acomodó el cuello del blazer y cruzó el salón. Iba al baño. Yo apoyé la boca en el Martini. El labio superior, hundido en la bebida. Fue una forma de que pasara el tiempo. Unos minutos, necesitaba unos minutos.

En el momento exacto, me puse de pie. Atravesé el espacio con pasos largos, tenía electricidad en el cuerpo. Me detuve en un hall frente a las puertas de los baños. Miré las letras: H y M. Pasaron algunos segundos, no más de quince, y apareció Raisa. No sé si la miré o no, no sé qué cosa habrá pensado. En ese momento, al recuerdo se le suma un ruido de losas que chocan. Es algo menor que se unió a la escena. Y quizás por ese ruido fue que pasé a la acción. Quién sabe. Lo cierto es que di un paso hacia ella -nada estaba previsto— y la besé en la boca o, para ser fiel a la verdad, medio centímetro por debajo de la boca; sin embargo, la caricia dejó en claro su mira. Fue un beso torpe -por pudor o aturdimiento— que, pese a su ligereza, cifró un sentido. Le agarré la cara y me acerqué despacio para darle tiempo al rechazo. No sucedió. Reacción propicia, extendió el brazo y me rodeó la cabeza. Me separé de sus labios y la miré a los ojos, fue clave ese vaivén. Raisa, dije con voz grave. Y repetí: Raisa. Se quedó en silencio, ocupada en descifrar mi intención. Después, vino el cambio. Tomó distancia, me dio un empujoncito suave. Se recompuso el pelo y hubo una vaga violencia: súbita, increíble. Dijo: Vuelvo a la mesa. Dio media vuelta y enfrentó el salón que, a esa altura, había tomado las dimensiones de la estepa rusa.

En el agua, el cuerpo no pesa. Con la octava brazada se activa algo y el nadador entra en estado primordial. Cuantas menos cosas me unan a lo corriente, más fuerte va a ser la experiencia, pensé. El alumno de Del Vecchio -Toni, Cuti o Facu— organizó la salida: consiguió el guía y procuró los equipos. Flamantes, profesionales. Nos encontramos en un bar, frente a la estación del Mitre, en Tigre. Era una noche fría de otoño. El coordinador discutía con la imagen que yo tenía de un buzo. Gordo, pelado, un poco bizco. Pidió una tónica y se puso a hablar. Algo quedó en claro: lo que íbamos a hacer era muy peligroso -una verdadera locura— y no se hacía responsable por lo que nos pudiera ocurrir. En este punto, giré la cabeza y le hice un comentario a la persona que tenía al lado. Era una mujer. Hay cosas que uno tendría que esquivar, comenté. Ella -cuarenta años, nariz aguileña— respondió con un gesto. Pensé: Cada uno escucha lo que quiere. Tenía un pañuelo estampado en la cabeza.

Nos trasladamos en dos camionetas hasta un recreo. Atravesamos un descampado y entramos a un galpón lleno de pertrechos náuticos. Nos pusimos los trajes de neoprene; el frío en ese lugar era terrible. Después subimos a una lancha que navegó por el Capitán. Iba a la deriva o, al menos, eso parecía. Fueron cuarenta minutos por esa intemperie: mi reloj de cuadrante flúo era espléndido. Arriba, tres estrellas. Tres o cuatro. Nadie decía palabra. La clausura era absoluta: el ruido del motor y las plantas, un contorno en la oscuridad, cortaban el aliento. De golpe, se oyó un pájaro y se movieron unas ramas. Fue la señal. La lancha obedeció y se detuvo. Nos calzamos los tanques y las máscaras. Había olor a río, a perro, a gasoil. El coordinador hizo una seña y nos tiramos al agua. Medio desesperados, nos atamos las muñecas con una soga larga, quedamos enlazados como cuentas de un rosario. Buceamos en absoluta oscuridad. Eso no se puede narrar. Era una ebullición. Borboteos, sonidos de succión: el barro se pegaba a los trajes, a las antiparras, a todo. Cada tanto nos rozaba una lengua: peces, babas, reptiles, la más cerrada incertidumbre.

El mundo es irremediablemente caótico, tiende a la divergencia. Pero cuando se altera cualquiera de sus variantes, se dispara la ilusión de que todo puede destruirse y organizarse otra vez de acuerdo a un sistema armónico. Eso me pasó con aquella ceguera brutal. Fueron unos minutos —quince, veinte—, pero algo me quedó. No sé cómo llamarlo. En adelante, aprendí a vivir con esa dicha en el corazón.

Raisa -extremidades largas— se movía como si tuviera todo el tiempo por delante. El viento soplaba a su favor, siempre. A esa ventura, que era puro azar, le sumaba un ingrediente personal: su habilidad extraordinaria para tomar decisiones. En otras palabras, se libraba con elegancia de lo binario. Para ella, nada era blanco o negro, manejaba una amplísima gama de grises. En aquel momento, vivía en la calle Laprida. Su departamento, espacioso y señorial, era parte de su herencia: los padres habían sido generosos con ella. En el living tenía un piano Pleyel de un cuarto de cola. Y las cortinas que cubrían las ventanas -enormes paños de terciopelo— eran parecidas, en espesor y gravedad, a las del teatro Olympia de París.

A los dos días del episodio de La Biela, Raisa tenía turno en mi consultorio. Vino con una pollera tableada y su mejor sonrisa. Trabajarle la boca me generó una confusión que controlé enseguida. De todas formas, durante la consulta conservé un estado de nerviosismo que se reflejó en mi voz: más aguda, alejada de la inflexión habitual. Raisa se divertía con mi circunstancia. Nada la afectaba, se movía ligera y con un dejo de malicia. Hizo dos preguntas sobre odontología y noté que mis respuestas, demasiado formales, le parecieron ridículas. Me retraje. Hay que hablar menos, me dije. Reflexioné: Discreción. Ante todo, discreción. Ella marcaba el pulso de la charla. Dijo como si nada: El miércoles hacemos un concierto en casa. Venite. Me corrí el barbijo. Aspiré el sodio que usaban para desinfectar la sala. Tocamos un dúo de oboe y piano de Haas, dijo. Haas, repetí como si lo conociera. Salgo con un alemán que adora a Haas, agregó. Y me clavó la mirada en el mentón. Entendí -lo supe, juro que lo supe— que los dos, por caminos diferentes, llegábamos a los mismos lugares.

Tres pasos: trabajar, fumar, nadar. A la pileta de la calle Paraguay, le sumé la olímpica de River. Creí que los habitués tendrían una mirada parecida a la mía. Puro instinto. Fue así. En los bordes, entre largo y largo, nos saludábamos -una sacudida de cabeza, algún comentario—, ensimismados, con respeto. A través de las antiparras, las cosas se veían distintas. Las caras, perfectamente ovaladas, cambiaban el gesto ordinario -por lo general, severo en los porteños— y ganaban otro cuyo signo era el asombro: las bocas, semi abiertas; las orejas, erguidas; la piel, brillante y fría. Había un tránsito en nosotros. Nos volvíamos anfibios. Escapábamos del marco de la especie. Llegué a estar cuatro horas en el agua y esto, como no podía ser de otra forma, supuso asimilación al elemento. No hablo de modificaciones físicas -aunque también las hubo: arrugas en la piel de las manos, por ejemplo—, sino de algo relacionado con las ideas. Varió mi noción de horizonte. Esto que digo tuvo eco en todos los órdenes de mi vida. Por ejemplo: me invitaron a escribir una nota para una revista de la universidad. Elegí un tema que manejaba: diastema. ¿Qué es un diastema?, me pregunté. Y cuando repetí la definición de manual —ese espacio entre los dientes— me pareció tan elemental que resolví no pensar en eso ni en nada. Rechacé la convocatoria. Lo que me movía estaba en otro lado. Ese nuevo estado no me inquietó, pero, de todas maneras, un poco me afectaba. Para atenuar el malestar, hice más estrictas mis rutinas, me resguardé en la repetición. También empecé a tener largas charlas telefónicas con mi madre, que se mantenía fiel a su blindaje personal.

Un día, siguiendo un mal consejo, compré un canario. Hice lo que indicó el criador: puse la jaula en un lugar seco y luminoso, a resguardo de temperaturas extremas. Por la mañana, el pájaro cantaba orientado hacia el Este, con los ojos negros y minúsculos clavados en la distancia, como si estuviera ciego. Cuando se me ocurría dormir hasta tarde, le tapaba la jaula con un trapo, pero igual su actividad seguía siendo frenética. Saltaba de la percha al bebedero y del bebedero a la percha, comía, se sacaba los piojos. La oscuridad no lo tranquilizaba; al contrario, parecía ponerlo nervioso. Hacía un ruido rarísimo con el pico.

Pasaron dos meses y no aguanté más. Lo quise regalar: el rechazo de parientes, vecinos y amigos fue unánime. No supe qué hacer. Soy un tipo afectivo, pero necesitaba resolver el asunto rápido y de la mejor manera. Ya no soportaba más limpiar la bandejita, cambiar el agua y barrer el alpiste. Un lunes de octubre tomé la decisión. Abrí la ventana y alenté al pájaro para que se fuera. Planeó hasta una medianera, miró el cielo -su cabeza amarilla giró de izquierda a derecha — y, con un impulso eléctrico, se largó a volar: su cuerpito amarillo desapareció entre los edificios. Comenté el asunto en el instituto con otros dentistas y me criticaron como si fuera un asesino. Me dijeron que los canarios nacen y viven en cautiverio, que cuando están en libertad se mueren de hambre o se los comen los gatos. No pude imaginar peor destino para el pobre animal y me sentí culpable por un tiempo.

El novio de Raisa había nacido en Dachau. Se llamaba Karl y desde chico disfrutaba de la música: era la tercera generación de oboístas. Hablaba poco, pero tocaba extraordinariamente. También era estúpido, muy estúpido. Quizás por hábito social: en Alemania, el Estado lo resolvía todo, absolutamente todo. Fue él quien me recibió en casa de Raisa. Se presentó y, casi sin transición, me incorporó a una rueda de gente. Un amigo de mi novia, dijo, y me dejó con ellos. Eran tres personas y hablaban de historia argentina con total soltura. Un viejo aseguraba que durante el gobierno de Roca se habían tomado medidas económicas extraordinariamente acertadas. Considerar al presidente Roca un simple mataindios es cosa de ignorantes, dijo.

Un mozo servía copitas de brandy. Agarré dos y las vacié. Después, otras dos. La bebida me noqueó de inmediato y este hecho me avergonzó. Sentía que no estaba a la altura de las circunstancias. Me apoyé en una mesa y escuché a los que me rodeaban mientras esperaba que se me pasara el mareo. En ese momento, de la nada, apareció Raisa con un vaso de agua en la mano. Pestañaba seguido, y ese tic le sumaba belleza. Me saludó con un beso en la mejilla, un roce. Se hizo evidente la sociabilidad, pero no el afecto. ¿Todo bien?, preguntó y no esperó mi respuesta. Encogió los hombros y siguió con los saludos. Aproveché su entrada para despegarme del grupo. Atravesé una cortina y salí al balcón que daba a la calle. Encendí un cigarrillo y me dejé estar. En el horizonte, se estiraba una nube. La noche, el aire de la noche, me limpió la cabeza enseguida. Quedé como nuevo. Pude fumar plácido, con la mirada vacía. El tráfico de Santa Fe resonaba de fondo. Me metí un Mentoliptus en la boca y entré al salón. En ese momento, los músicos se acomodaban para tocar. Raisa hizo un gesto con la cabeza y se alisó la pollera antes de sentarse. El concierto duró menos de lo esperado, mucho menos, y resultó excepcional: las obras de Haas se escucharon nítidas. Cosa rara, hubo momentos del concierto que me llevaron a mi infancia o, más precisamente, a ciertas mañanas de mi infancia.

Terminó la música y sirvieron champagne. Fueron generosos. Yo me senté en el apoyabrazos de un sillón y charlé con una chica de diecinueve años. El hilo dental es indispensable para una buena limpieza, comenté. Después, me acerqué a Raisa. Estaba radiante y extenuada. Es tarde, le dije. Voy yendo. Quería hablar conmigo y me lo hizo saber con un gesto. ¿Mañana?, pregunté. Mañana, confirmó. Cerca del mediodía. Acá en casa, dijo. Tenía el rímel del ojo izquierdo corrido, apenas, dos milímetros. Era tan luminosa que ese defecto también la adornaba.

Una multitud de cinco personas. Eso éramos, ni más ni menos. En River había un tipo, Dani Russo, la reencarnación de Del Vecchio pero pelado —mismo perfil, misma actitud— que trabajaba de guardavida. Un día me vio en el agua y se acercó bamboleando los brazos. No hablaba, daba órdenes: la cultura física va de la mano con lo castrense.

Excelente estilo, dijo. Y movió las cejas dando a entender que después, cuando yo terminara, quería hablar conmigo. Tardé: en esa época, entrenaba el mayor tiempo posible, pero Russo era obstinado y me esperó en el banco del vestuario. Revisaba planillas: tenía alma de síndico; con una Bic punteaba cifras, cada tanto negaba con la cabeza como si los números no le cerraran. Exudaba cloro. Definitivamente, era un nadador de interiores. Su propuesta era sencilla: armar lo que él llamaba una brigada de entrenamiento. Tres mujeres y dos varones. Yo sería el quinto. Se cierra con usted, aclaró. No tutearme era señal de disciplina. Para él, solemnidad y obediencia eran la misma cosa. La luz artificial rebotaba en la piel de su cráneo. Llevaba un silbato amarillo colgado al cuello. Arrugó la frente y se frotó la nariz. ¿Fuma?, preguntó. No esperó respuesta. Más le vale que deje ya mismo. Me reí en su cara. Me habló del rendimiento. Volví a reírme en su cara.

*

Empezamos a entrenar un sábado a la mañana. El cielo no ayudaba; mi ánimo tampoco, pero el grupo me rescató. Cuatro personas: un varón, figura de peltre, y tres mujeres jóvenes que promediaban los veinticinco años. Las caras, redondas; las narices, respingadas. Tres versiones de lo mismo. Su edad no las excluía de nada, estaban siempre apuradas, como si se les hiciera tarde para llegar a algún lugar. Se insultaban cariñosamente y a cada rato. Eran pálidas, firmes, nada frágiles. Se movían como si fueran reinas.

Un día organizaron una salida. Un viernes. No, un viernes no, un jueves. Fuimos a Palermo, a un lugar en la calle Gorriti. Russo avisó que no llegaba y hubo alivio general. La mesa que reservaron -baja, ovalada— estaba en un patio grande con una higuera. Las chicas fueron puntuales. Llegaron con anillos, vestidos al cuerpo, eléctricas. Me sentí cómodo de entrada: todos fumaban, los cuatro, incluso la figura de peltre. Dentro del bar, un tipo alto pasaba música. Tenía puesta una remera negra que decía Descarga.

De chica, a Raisa le gustaban los claveles. Los compré por eso. Imaginé su reacción -una fantasía un tanto exagerada— al enterarse de que recordaba ese detalle. Además, me incomodaba presentarme en su casa, así, sin más, y es sabido que las flores funcionan siempre como escudo. Me tapo la cara con el ramo, pensé.

Raisa, con los ojos distraídos pero la mirada atenta, abrió la puerta de par en par. ¡Claveles!, exclamó. Y le leí en la cara que era eso, justamente, lo que esperaba de mí. No haberlos traído hubiera alterado el curso de los acontecimientos; en otras palabras, habría impedido que las cosas se dieran tal como se terminaron dando.

Entré decidido al living y me paré en seco. Raisa me pidió que la esperara. Un segundo: hago una cosa y estoy con vos, dijo. Hablaba una octava por debajo de su tono habitual. Aproveché y me acerqué al piano. Era un enorme mueble de caoba. Las cortinas estaban corridas y entraba ese sol joven de las once y pico de la mañana. Las cosas estaban paralizadas por la hora; sin embargo, aunque parezca contradictorio, conservaban un soplo de dinamismo. Di dos pasos, dos o tres, y vi una mujer de mármol, un busto. Le pasé la yema de los dedos por la garganta. Un frío antinatural me subió por la mano. En eso estaba cuando volvió Raisa.

Disfruté el concierto de ayer, le dije. Sonrió, estaba acostumbrada a los halagos. Se puso el índice en los labios y me dijo que Karl dormía en el cuarto. Fue un baldazo de agua fría. Está cansadísimo, me aclaró. Vive de audición en audición. No supe qué cara poner, la noticia me había descolocado por completo. Dije que sí con la cabeza y me quedé un rato en silencio.

Preparo café, dijo. En la cocina, se movió con soltura. Usó la Volturmo y llenó dos tazas de losa. Se llevó la suya a la boca y apoyó la cadera en el canto de la mesa. Sin perder un segundo, entró en tema. Hay posibilidades de que trabajes en Brasil, dijo. Como odontólogo. Le había hablado de mí a un amigo que tenía clínicas por todo el país. ¿Te interesa? No dije ni sí ni no: la propuesta era insólita. Me pareció extrañísimo que Raisa pensara en mi futuro. Desconfié de inmediato. Por otra parte, tenía referencias de que la odontología en Brasil era pésima. Para ganar tiempo, comenté: Escucho ofertas.

Ella me rozó el hombro con la mano. Sos precavido, dijo. Dejó la taza al lado de la hornalla. Miré el techo y abandoné la mía. Dije lo primero que se me ocurrió. Estuvimos algunos minutos hablando tonterías. Después bajé los ojos, como por accidente, y la vi receptiva, los párpados entornados, con una expresión de locura que, me consta, se iría acentuando con el tiempo. No lo pensé dos veces. Esta vez, el beso fue largo, los dos entendimos que teníamos que hacer las cosas rápido y en silencio. Hubo un choque de antebrazos pero nos pusimos de acuerdo. Metí la mano debajo de la pollera y le corrí la ropa interior. Tanteé unos segundos y, casi sin respirar, entré en ella. Karl está en el cuarto, dijo. Sí, dije yo. Karl está en el cuarto, repitió. Empujé con fuerza. Hice palanca con los talones. Le besé el cuello y las orejas. Desesperadamente: tenía un delicadísimo aroma a gardenia. Después, le besé de nuevo la boca. La agarré por la cintura y la traje hacia mí. Faltaban exactamente dieciocho minutos para la una de la tarde, pude comprobarlo en el reloj que había sobre la alacena. Alguien asaba un bife en una plancha de acero. El olor entró por la ventana, dio dos vueltas en el aire y llegó, intacto, hasta nosotros.

Una luz me enfocaba de arriba. Yo estaba de buen humor -la compañía, la música, el ambiente— pero notaba algo difícil de expresar. Aparecía en los ribetes, en los pequeños actos. Al abrir los dedos para agarrar una copa, por ejemplo. En ese trance, las cosas y la gente perdían foco. Se debilitaba la imagen y se le superponía otra, distinta, radicalmente distinta. Quiero ser claro: sostenía la copa en el bar y al mismo tiempo estaba en una playa. La razón de esta bilocación no era el alcohol, por supuesto. Ni tampoco el cansancio. Al principio me asusté un poco, pero enseguida me infundí valor para disfrutar la circunstancia. La segunda realidad, la ficticia, no negaba la primera, la recubría. Era apagada: un reverbero. Hay una enfermedad ocular: diplopía. Los registros del ojo izquierdo no concuerdan con los del derecho. Consecuencia: visión doble. Bizquear es padecer estrabismo. O simularlo. Algo que siempre me deslumbró. Los bizcos son estafalarios, de eso no cabe ninguna duda.

*

Aquella noche, en el bar de Palermo, fui parte de la grey de los divertidos. A mi alrededor, Mary, Peggy o Julie movían sus cabecitas doradas. Eran chistosas -otro atributo de la cultura física— y no tenían espesor ni para mentir. El tipo de peltre, Carlos por darle un nombre, era un retrato de Giacometti: Hombre con sonrisa y cigarro. Disfrutaba la escena, pero su personalidad lo relegaba, estaba en el tercer cordón de personajes secundarios. No dábamos abasto. Comimos papas y pinchos de pollo. Al rato, langostinos. Los tragos pasaron del champagne al vodka. Mi cuerpo, con una voluntad que mi inteligencia desconocía, se ocupó de los límites. De pronto, dijo basta. Algo que comí me pulverizó el estómago. Un rayo mortal me dio en las tripas. Sentí un frío que me bajó hacia las piernas. Apreté las nalgas, hice toda la fuerza que pude. Me cago encima, pensé. Pero dije: Me cago en Dios. La desesperación me deformó la cara. Le copié la sonrisa a Carlos y me paré. Con pasitos cortos, encaré para el baño. En el inodoro, solo y aturdido, descargué todo y enseguida, en cuestión de segundos, me sentí mucho mejor. Volví a ser el dentista de siempre, el conversador, el de trato agradable.

Me quedé un rato sentado en completa paz sobre la tabla de plástico. Tomé una bocanada de aire y me puse a enumerar mentalmente las cosas que me daban placer. En ese momento, alguien entró al baño. Desentendido de todo, se puso a orinar: el chorro golpeó contra la losa. Después se lavó las manos con prolijidad y se secó con tres hojas de papel: escuché el ruido del dispenser. Cuando terminó, hizo un bollo con los restos humedecidos y lo tiró por encima de la puerta de mi box. La pelota me dio de lleno en la espalda. Fue un golpe ligero, pero me sentí humillado. Hijo de mil putas, dije para mí. No podía dejarlo pasar.

Apuré el trámite y salí del baño con la idea de buscar a mi agresor. Era extraño: no lo conocía, pero lo odiaba con toda mi alma. Imbécil de mierda, pensé. Que no se la lleve de arriba. Tuve la desgracia de que mi anhelo fuera cumplido. Distinguí al tipo -cuadrado, panzón, remera de Gap— parado frente a la barra. Como no podía ser de otra manera, tomaba un shot de tequila. Lo reconocí enseguida. Otra vez el instinto. A él le pasó lo mismo: supo quién era yo. En ese instante, entendí que no había vuelta. Al frente, me dije. ¿Sos gracioso vos?, lo increpé. Estaba

con una mujer que parecía su hija. Le puso la mano en el hombro. No pasa nada, la tranquilizó. Ella estaba pegada al celular. La complicación, debo decirlo, fue inmediata. Rajá que estoy ocupado, me dijo. Rajá, subrayó.

Secuencia: insulto, empujón, insulto, empujón. No había espacio para la pelea. El barman lo anunció con un grito, pero la última agresión, puro protocolo, hizo que yo perdiera pie y me fuera al piso. Mala fortuna, golpeé con la frente en la barra, pero la desgracia no pasó a mayores. Lo más grave, el infortunio podría decirse, fue la propia caída. Hice un mal movimiento, una torsión, y me esguincé un tobillo, lo sentí al instante. Un mes y siete días de reposo. Cuando le informaron a Russo, se acomodó el cuello de la remera y dijo: Hay que ser pelotudo. Me contaron la escena con pelos y señales. Y la verdad, la pura verdad, es que cuando me repitieron sus palabras, me reí con ganas. Viniendo de él, no podía ser otra cosa que una muestra de afecto.

La condición del vínculo con Raisa era el secreto. Karl era nuestro mentor, su presencia le daba sentido a la relación. Una vez estuve escondido dos horas en una alacena. Me había transformado en el protagonista de una comedia de Hollywood. Y no me molestaba; más bien, lo contrario, ese dinamismo -ese dejarse llevar por la contingencia— me ofrecía un justificativo. Levantarme a la mañana, trabajar, entrenar en la pileta, duplicaban su alcance. Tendría que haber escrito un ensayo: *Mis horas en la despensa*. Recuerdo el juego: ciego como un topo, ridículo, enfermo de ansiedad. Comí galletas. Tomé jugo Baggio. La lluvia, afuera, era torrencial; adentro, a tres metros del piano y a siete de mi guarida, el alemán, muy sereno, tocaba el oboe. En un arranque de locura, Raisa se había puesto a cocinar brownies. Tenía la piel de la cara tirante y las pupilas dilatadas.

La cosa había sido así: yo llegué a su casa a las tres de la tarde. Impecable, con un saco de lino. Al rato, estábamos en la cama, desprevenidos, olvidados de todo, y de golpe, escuchamos un ruido en la puerta de entrada, una llave en la cerradura. Estaba pasando lo que siempre habíamos temido: se nos congeló la sangre. El alemán, dijimos. Yo agarré mi ropa en un puño y busqué un lugar para esconderme. La única posibilidad era la despensa. Entré acucillado y me acomodé entre los frascos. Olor a cacao, a comino, a té de verbena. Se había suspendido el ensayo: había faltado el director. Kleber cada tanto se enferma, dijo Karl. Raisa sacó fuerzas de donde no tenía. Imaginé su cara pálida —siete pecas en cada mejilla— inútil para disimular la alarma. Desde mi lugar, escuché el protocolo de la pareja. ¿Te preparo un baño?, preguntó ella. Karl dijo que no y, sin saberlo, me condenó al angustioso encierro en su alacena. Me pongo a tocar un rato, comentó. Tengo que estudiar una sonata de Saint-Saëns.

Tuvimos otra historia parecida en un barco. Navegaba por el Río de la Plata. A estribor, se veía un horizonte de edificios. Conciertos de Primavera, se llamaba el ciclo. Lo vendían como una experiencia única: música clásica en el crepúsculo con la ciudad de fondo. El repertorio era complaciente porque los auspiciantes, siempre con un pie en tierra, habían sugerido esa particularidad. Cuatro mozos -trabajaban como una brigada— servían champagne, casi todo extra brut, algún insólito rosé. Los músicos afinaban en cubierta sobre una tarima inestable. Karl, entre ellos.

Empezó el concierto -había un aire distendido— y en el octavo compás de una sonata de Corelli, cruzamos miradas con Raisa. A los veinte segundos, no más de veinte, los dos estuvimos de acuerdo. Con toda la discreción del mundo, nos fuimos retirando. Bajamos una escalera de caracol, anduvimos por un pasillo angosto y nos topamos con un baño. Fue lo primero que vimos, y ahí nos encerramos. Raisa apoyó las manos en el lavatorio, puso el pie, calzado en un mocasín guinda, sobre el inodoro y se volcó hacia adelante. Me le pegué a la cintura. Hubo un ruido de succión. La luz de un tubo led nos golpeaba de lleno y volvía la escena más cruda. El lugar era muy chico, no había espacio para vaivenes. La economía, entonces, debía ser estricta. Este detalle, que refinaba el erotismo -y cierta dislexia que de un momento a otro comenzó a afectarme- hizo que aquel acto, sin temor a exagerar, rozara lo sagrado. Estábamos en un limbo. La realidad llegaba pálida, sin consistencia. No dijimos nada, pero entendimos que debíamos alargar esa situación lo más posible. Nos recompusimos la ropa y el aspecto, y volvimos a cubierta. Scarlatti: seguían con los italianos. Aguantamos diez minutos y nos hicimos otra escapada. En total, bajamos tres veces, recién en la última, con ese entendimiento propio de los amantes, llegamos al orgasmo.

Karl, con la mitad de su atención puesta en la partitura, controlaba nuestros movimientos. Cuando terminó el concierto -un brillo de transpiración le atravesaba la frente—, calzó el oboe en el soporte y levantó la mirada. Nosotros, con sincero cariño, lo saludamos con la mano derecha en alto; en la otra sosteníamos una copa. Estábamos con la cintura apoyada en la baranda metálica de proa. El río, detrás, como agazapado, parecía estar a la espera de que algo ocurra.

Hubo un contraste entre la velocidad de la Tierra y mi lentitud. Fue el precio que impuso el esguince. Entonces, el sistema médico cayó sobre mi cabeza como un alud. Cumpla la terapia al pie de la letra, ordenó el traumatólogo. Reposo, férula, pierna en alto. Pasé a ser un discapacitado. Demoraba años en recorrer la más mínima distancia. Desde el baño a la cocina, por ejemplo. Esta cualidad dispuso condiciones. Entre ellas: suspender toda actividad. Quietud. Fijeza, sujeción. Me encerré en el departamento de Villa Crespo bajo tres candados y la ansiedad me devoró. Al carajo, pensé.

Cuando no pude más, tomé ansiolíticos. Miré películas, miles de películas. En una, un pintor cuadripléjico peleaba por integrarse a la sociedad y terminaba por convertirse en una especie de sabio. Una estupidez. Apología del voluntarismo. Lo opuesto a mi experiencia. Hubiese dado años de vida por evitar aquella situación.

*

Un día, desde mi cama, vi cómo nacía el sol, distinguí el primer reflejo en la cortina. Después fue una mancha que recorrió la pared de izquierda a derecha y terminó apagándose en un rincón, cerca de las patas del ropero. No había manera: la inactividad me estaba matando.

A las dos semanas, salí a la calle. Anduve dos cuadras hasta un bar, en Scalabrini y Jufré. Al otro día hice lo mismo. Enseguida se convirtió en hábito. Llegaba, leía el diario y estudiaba las rutinas de los clientes. Cada tanto, salía a la vereda a fumar y a tomar un poco de aire. Hacía cálculos mentales. Dividía los autos por la cantidad de peatones.

Un viejo de melena pedía limosna, lo veía siempre. Se mantenía parado por algo externo a él. Era evidente. Conservaba el equilibrio por la energía del planeta, o por una espiral de aire que lo rodeaba, o por los caprichos de un flujo gravitatorio. No sé. La gente, mientras tanto, hablaba. Cómo hablaba la gente. Una chica de pelo largo le contaba a su novio que no usaba azúcar en el café desde los 10 años. Copiaba el hábito de una abuela. Dijo que la vieja, que ahora tenía 93, acorralada por la soledad, había vuelto a su pueblo natal, una aldea perdida de Asturias. Esa historia como cualquier otra cargaba una cifra, una moral. Y como yo no tenía nada mejor que hacer, les prestaba atención a esas cosas.

En la calle todo era apuro. Y ese vértigo se me iba metiendo en la cabeza. La luz, en aquella esquina, hacía que todo pareciera distinto. Yo me quedaba parado, rígido en la atmósfera rígida, con el cigarrillo entre los dedos, hasta que, de golpe, un dolorcito -una electricidad repentina— me subía por la pierna, del tobillo a la ingle. Era el llamado de atención que avisaba que era hora de volver a mi mesa.

Una noche me llamó Russo, mi entrenador. Quiero hablar un tema con usted, me dijo. Lo cité en el bar de Jufré. No quiso adelantarme nada. Jueves a las 10.30, propuse. Llegó puntual: olor a desodorante, camisa blanca, bien peinado. Russo era diurno, se levantaba temprano. A las 6.45, estaba arriba. Tenía la cara amplia y despejada, como si acabara de darse un baño de mar. Cortado en jarrito y medialuna de manteca, pidió. Tenía las manos grandes, nervadas. Las movía como si fueran animales. Manos rurales, habría pensado mi madre y, en el primer descuido, se lo habría dicho. Russo daba la impresión de ser un tipo autónomo, pero a los diez minutos de tenerlo enfrente, noté que alteraba su conducta de acuerdo al interlocutor de turno. Aquella vez, por poner un caso, hacía más chistes que de costumbre y él mismo los festejaba. La verdad es que me despertó cierta compasión.

Se comió la medialuna en dos bocados, con hambre. Después, preguntó por mi esguince, pero era claro que no le interesaba la respuesta. Pensaba que mi situación era ideal. Si me quejaba, no conocía los verdaderos problemas. Me consideraba un malcriado, juicio que, en algún punto, no era del todo errado. Antes de hablar, se acomodó el cuello de la camisa. Lo que tenía para decirme exigía solemnidad y él, lo expresó desde nuestro primer encuentro, respetaba los protocolos. Lo escuché con atención. Y cuando terminó su alegato, moví la cabeza de un lado al otro. Dije: Ajá. Y pensé: A cada chanco le llega su San Martín.

Russo se había enredado con una de las chicas —Mary, Peggy o Julie— y ahora no conseguía sacársela de la cabeza. Estoy enamorado. ¿Me entiende? A mi edad y con una familia. Habitado al orden, Russo sentía que las cosas habían perdido sentido. Mary, Peggy o Julie había desplegado su magnetismo. La juventud en ella, se encargó de contarme mi entrenador, era puro desenfreno. Pedí otro café. Cargado, aclaré. Saqué un cigarrillo del paquete. Vamos a la calle, le dije. ¿Sigue fumando usted?, me preguntó. Ayer empecé de nuevo, mentí.

Russo buscaba certezas. Había que cortar por lo sano. Dije eso: Usted tiene que cortar por lo sano, Russo. Pienso igual, opinó. En ese momento, dos gorriones se disputaban un pedazo de pan a centímetros del cordón. Recordé al canario, a mi canario, la forma que tenía de mirar con un solo ojo. Volví a Russo. Tenía dientes fuertes y sanos, una excelente carta de presentación. De las relaciones se sale por donde se puede, le comenté. Russo clavó la mirada en una baldosa. Mis palabras no le habían alcanzado, eso era evidente. En la vida hay puertas que uno tiene que aprender a abrir solo. No hay vueltas, pensé. Y esta idea tan simple, tan estúpida en un punto, me dio fuerzas para cerrar la charla con un respetuoso y sostenido silencio.

Ir a Brasil no me entusiasmaba nada, pero la propuesta económica era tan buena que no resistía objeciones. Raisa y sus amigos, los empresarios odontólogos, me citaron en un restaurant de Avenida del Libertador. Entré al salón y se me agrandaron los ojos. La marca era el exceso. Todo estaba unificado por el brillo: las lámparas, las maderas, los pasamanos de bronce y hasta el esmalte de las dentaduras. Había un olor dulce, mezcla de carne asada y helado de crema. Todo era así.

Ni bien me vio, Raisa levantó el brazo y me hizo una seña. Parecía más joven de lo que era y lo sabía. De más está decir que hacía uso de esa cualidad. Algo en sus maneras, cierta desproporción, resaltaba el doblez, una astucia que la volvía irresistible. El lugar ayudaba para que esto ocurriera.

Me acerqué a la mesa y saludé con un gesto. Raisa estaba con dos tipos, mis futuros patrones. Me recibieron con amabilidad, y en eso también había algo de engaño. Uno de ellos, Luiz, era extremadamente flaco y estaba vestido con ropa ajustada; el otro, su contraparte, era gordo y desgarrado. Luiz comandaba el encuentro. Movía las manos y usaba un portuñol confuso, encrespado. Cada tanto, se acomodaba los anteojos -los calzaba en la nariz con un gesto automático— y tomaba aire. Después arremetía con largos monólogos. Daba la impresión de que el esfuerzo y la intensidad de lo que contaba lo iban a dejar exhausto, pero ocurría lo contrario, volvía al ruedo con el doble de energía.

Mi socio no domina el español, dijo. Así justificó el silencio del otro. Raisa nos miraba con la expresión del que no entiende nada, pero su presencia era clave en la escena. Finalmente, Luiz llegó a los números. Dijo: Los muertos se cuentan fríos. Era su frase, la que mejor le sentaba. Cuando empezó a hablar de plata, se frotó los ojos y endureció la expresión. Cerramos trato, me ofrecieron una cifra extraordinaria. Acto seguido, tomamos una copa de champagne. Raisa estaba eufórica. Después del brindis fue su momento. Habló de la influencia de Villa-Lobos en la música folclórica brasileña. Tenía planificados dos conciertos en Buenos Aires y dijo que los iba a dedicar a ese compositor. Quedé fascinado con su dinamismo. Raisa era pura actividad, incluso cuando estaba quieta. Noté que cada tanto rozaba el brazo de Luiz. Era un movimiento casual, que —me dio la impresión— el odontólogo recibía con agrado. Estuve seguro de que había algo entre ellos.

Cuando terminamos el almuerzo, yo tenía que salir corriendo a atender. De todas formas, me ofrecí a alcanzar a Raisa hasta su casa, pero Luiz se interpuso. No, *meu amigo*, ese privilegio me corresponde, dijo. Me despedí con una sonrisa. No tengo que engancharme con estas cosas, pensé, pero mi cabeza, completamente afiebrada, no se detuvo en toda la tarde.

Primero me esguincé. Y a la semana siguiente, me lastimé la pierna, un corte bastante profundo. Fue un descuido tonto, un accidente menor. Al principio, no le presté atención —no pasa nada, me dije— y a los dos días estaba infectado. Me asusté: la herida cambió de color, se puso oscura. Después se hinchó y empezó a supurar un suero medio amarillo. Lo único que me falta es una gangrena, pensé.

Compré vendas, apósitos de gasa y agua oxigenada. Cuando no pude más, fui a una guardia. Me recetaron antibióticos y me aconsejaron reposo. El abatimiento, otra trampa de la mente, tuvo efecto inmediato: llegué a casa, subí al ascensor -las puertas rechinaron— y me quedé encerrado entre el primero y el segundo piso. Toqué el botón de alarma, pero no vino nadie. A los cinco minutos, me desesperé: sentía la boca seca y me faltaba el aire. De golpe, al mismo tiempo, aparecieron el encargado y dos vecinos. El ascensor se destrabó como por arte de magia y quedé como un idiota frente a todos. La condena, como es de esperar, fue generalizada.

¿Tiene problemas nerviosos, usted?, me preguntó el portero. Imbécil de mierda, pensé, pero no dije nada. Me encogí de hombros, arrastré la pierna hasta mi casa y cerré la puerta con llave. Preparé té digestivo. Tenía que atravesar el mal momento. Mientras se calentaba el agua, vi un tutorial sobre extracciones dentales. De esa forma, reforcé mi identidad, conseguí un espejo en donde mirarme. Sentía que me estaba desdibujando, que perdía sustancia. El tiempo, tal como se me estaba planteando, era lineal, mezquino, pura simplificación, ni más ni menos que eso: pura simplificación.

Terminé el té y me llegó un mensaje de Raisa. Había decidido visitarme. Estoy a dos cuadras de tu casa, escribió. Preguntaba si tenía ganas de verla y la consulta me hizo imaginar que estaba sola. Felicísimo, pensé que el azar había cambiado de signo. No nos reuníamos desde antes de mi lesión.

Seguí un impulso: me arremangué la camisa, abrí la ventana y prendí un Marlboro. Aspiré una bocanada -la combustión me raspó la garganta—, y al expulsarla, vi dos palomas sobre un cable de electricidad. Sentí que la armonía del mundo, de pronto, me alcanzaba y sonreí estúpidamente a la nada. En ese momento, sonó el portero eléctrico. Cuando abrí la puerta, Raisa entró de la mano de Karl y, a la velocidad del rayo, caí en la cuenta de que la mala racha persistía y de que, lo más probable, era que mi tarde se desbarrancara. No podía más de rabia, de frustración. Para colmo, los dos tenían cara de alegría. Habían empezado a practicar yoga en un centro de Indra Devi y estaban en una etapa positiva en la que creían que esa actividad les cambiaría la vida.

Karl, intempestivamente, arrastrado por la euforia, quiso mostrarme sus progresos. Se descalzó y se acostó en el piso boca arriba. Tenía los pies grandes y cuando los movía parecían autónomos del resto del cuerpo. Tomó aire por la nariz y lo soltó por la boca. Hizo un ruido a cañerías, como si tuviera la garganta obstruida. El aliento se calma y se calma la mente, susurró Raisa. Karl contrajo las piernas y los brazos y hundió el diafragma. Su cabeza -rubia, de pelo casi blanco— desentonaba con el color del parquet. Enseguida, cerró los ojos y ganó altura con las piernas, que aparentaban firmeza, pero, si se las miraba con atención, no era tan así: los músculos temblaban. Algo en la pose del alemán me hizo pensar en la inestabilidad, en el desequilibrio. Tragué saliva y rogué al cielo para que el espectáculo terminara rápido. Pero ese día, como ya había notado, la suerte no estaba de mi lado. Karl irguió las piernas de a poco. Los pies apuntaban al techo; los hombros, los antebrazos y la cabeza armaban la base. Permaneció así unos segundos. La vela, me aclaró Raisa. Dije que sí con un gesto y pensé en irme a hacer otro té, pero como soy complaciente, me quedé quieto. Me acomodé en la silla y aguanté en silencio.

A los pocos minutos, Karl empezó a desarmar la posición. Dobló la cintura y bajó las piernas. El descenso fue gradual; sin embargo, la botamanga del pantalón se enganchó con el cairel de una lámpara de pie, que osciló unos segundos. En ese lapso, Raisa y yo -Karl estaba con los ojos cerrados— perdimos la capacidad de reacción. En un instante, pensé que la lámpara no se iba a caer. No se cae, no se cae, me dije. Pero me equivoqué. Observé con suma atención cómo, primero, se volcaba hacia un costado, en cámara lenta —hubo un paulatino degradé luminoso—, y, después, cómo se hacía mil pedazos contra el piso. Desde ese momento, todo, absolutamente todo, ocurrió a otra escala.

Karl se deshizo en disculpas. Prometió compensarme. No sé qué decir, repetía con su acento extranjero. Raisa se metió en la cocina y volvió con el escobillón. Mientras barría con energía, casi con furia, le recriminaba al alemán por su descuido: No entiendo cómo hacés estas cosas. Yo me apoyé en una silla —siempre improviso bastones— y junté ánimos para darme a entender. Quería que se fueran. Son muy idiotas, pensé. Y medio los empujé para que salieran de casa. Cuando estuve solo, me senté en el piso, desolado, junté los pedazos de lámpara que todavía

quedaban desperdigados y los metí en una caja de cartón. Desde donde estaba, vi las patas de las sillas. Me resultó un paisaje extraño, como si estuviera frente a una escultura moderna. Con esa sensación encima, noté que me vibraba el celular en el bolsillo. Raisa se disculpaba con un ícono. Después escribió: La próxima voy sola. Negué con la cabeza para expresar fatalidad y me aferré a la esperanza de que sus palabras se cumplieran cuanto antes.

Parado en el aeropuerto, muy atento, Luiz -blazer bordó, zapatos de charol— fue mi primera imagen de Brasil. A su derecha, una gigantografía publicitaria -un hombre sentado en el piso con una laptop sobre las piernas— ocupaba toda la pared.

El brasileiro estaba rígido; la cara, tirante y fresca. Lo recordaba menos expansivo. Ni bien me vio, desplegó un afecto exagerado. Me palmeó la espalda y se ofreció, eufórico, a cargar mi valija. Creo que el clima, una humedad exasperante, le cambiaba la piel, que ahora era brillante, como satinada. En su auto, un Corvette plateado, dijo que yo era una pieza clave para su negocio y que valoraba muchísimo que hubiera tomado la decisión de abandonar mi país para formar parte de su empresa. Se calzó los anteojos de sol y apoyó la mano izquierda en el volante. El día estaba impecable. Había dos nubes en el horizonte que apenas se notaban. Cada cosa resultaba precisa, bien delimitada y, de alguna manera, justificaba el orden superficial que se imponía como realidad.

*

Luiz era mayor que yo -por lo menos, una década—, pero parecía recién salido de la adolescencia. Usaba chupines y se movía a los saltos. Para él, toda actividad era una excusa para festejar. O esa era la impresión que daba en ese momento. Anduvimos por una ruta paralela al mar y antes de llegar al hotel -aclaró que estaba a punto de alquilar una casa confortable para mí — paramos a tomarnos una copa. *Você tem que comemorar meu amigo*, dijo. Y entramos a un bar de playa pulcro y ordenado con techo de junco sostenido por troncos de palmera. En una pared, había un retrato en blanco y negro de Sophia Loren con Marcello Mastroianni en una escena de *Una giornata particolare*.

Pedimos dos chops. Cuando la espuma me tocó los labios, recordé que, casualmente, había leído mi horóscopo en la revista del avión y me alertaba sobre problemas digestivos. Nunca creí en las predicciones, pero aquella vez, me condicionaron. Dejé la cerveza a un costado y le pregunté a Luiz sobre cuestiones de trabajo. Respondió vaguedades. Pasó de un tema a otro y terminó contándome detalles tontos -la importancia de la banda magnética de una tarjeta— que podría haber aprendido con el curso de los días. En un momento, dije que estaba cansadísimo y que quería ir al hotel a dormir un poco. Hizo una mueca rara: tensó los labios como si fuera un chico. Caminamos cinco metros hasta el auto. Y en esa mínima distancia, el olor del mar, una poderosa emanación sódica, me entró por las fosas nasales y me llenó los pulmones con su frescura. Además, distinguí en la playa un bulto que tomé por un animal -una foca inmóvil sobre la arena—, pero, cuando miré con atención, comprobé que era un bote dado vuelta.

El Corvette pisó el asfalto y tomó velocidad. En ese instante, tuve una sensación de absoluto bienestar. Pensé que estar en tránsito era lo mejor que me podía pasar. Intenté preservar la intensidad del momento y por eso, con gran esfuerzo, quise hablar en portugués con Luiz. Mi idea era mejorarle el ánimo, pero no hubo caso. Mantuvo una sonrisa de cortesía y fingió concentrarse en el camino. Llegamos al hotel antes de las 13. Bajé del auto con ganas de nadar un poco -había chequeado en internet y la pileta era espectacular—, pero entré a la habitación y,

sin desarmar la valija, me tiré en la cama boca arriba. Estuve unos minutos concentrado en mi respiración: inspirar, exhalar. Y muy de a poco, vestido como estaba, me fui quedando dormido. Desperté con un hambre descomunal, me comí todo lo que encontré encima del frigobar. Después, fui al baño y me lavé cuidadosamente las manos y los dientes. Cuando doblé la toalla para que se vieran las iniciales con el nombre del hotel, tuve un instante de extrañeza. Miré mi imagen en el espejo iluminado que parecía cercarme y me pregunté qué cuernos estaba haciendo yo en un lugar como ese.

Raisa no se hizo esperar. Mandó un WhatsApp al día siguiente del episodio con Karl. Yo había cambiado la bota por una tobillera con estabilizador y lo vivía como un progreso enorme: ahora podía recorrer con facilidad pequeñas distancias. Cuando recibí el mensaje, estaba hirviendo arroz. Acababa de leer una nota sobre patologías tiroideas y sentía que sabía mucho sobre el tema, más incluso, que dos especialistas que conocía. A la tarde me doy una vuelta, escribió Raisa. Pasé un trapo por el piso de la cocina y ordené la ropa que había dejado sobre una silla. Al rato me tiré a hacer una siesta. Me dormí enseguida y soñé que se me venía encima un rottweiler. Desperté sobresaltado, con una horrible sensación de alarma. Pero cuando recordé la visita de Raisa se me recompuso el ánimo. El día estaba fresco y el cielo parecía de plata.

Tres toques cortos de timbre justo a las cinco. Es ella, pensé y el corazón me dio un vuelco. Se había cortado el pelo. Ahora, tenía una melenita estilo carré que le cruzaba la cara y que temblaba ante el más mínimo movimiento. Estaba contenta. Entró a casa, dejó los paquetes que tenía en las manos y se me colgó del cuello. Te quiero tanto, dijo. Y con un gesto dulcísimo sacó un malvón de una bolsa y me lo dio. También había traído facturas para acompañar el mate. En ese momento, no había nada más real que ella, con su carita afrancesada y su forma de generar intimidad. Raisa venía con su mundo auestas. Y ese mundo era tan permeable que atraía, como si tuviera una fuerza centrípeta, todo lo que estuviera a su alrededor. Volvía tuyas hasta las cosas más ajenas. Pero no era un universo amplio sino una miniatura, una complejísima miniatura. Mientras yo preparaba el mate, la miré y no pude dejar de agradecer al destino el hecho de tenerla cerca.

Nos sentamos al lado de la ventana. Bromeó sobre una zona descascarada del techo. El resplandor de la tarde colmaba el ambiente y de alguna manera lo recortaba. Yo estaba ansioso: quería abrazarla, besarla hasta el ahogo. Me pasé la mano por los ojos y redoblé mi atención, estaba pendiente de cualquier indicio que me diera luz verde para avanzar. Esperé unos minutos, pero fue en vano. Ella se movió indiferente en el marco de mis emociones. Entonces, me resigné un poco, no del todo. Tomé aire y me metí en la boca un pedazo de medialuna. Raisa aprovechó y dijo: Quiero contarte algo. Se movía muy bien en la ambigüedad. Y con ese ingrediente armaba su defensa, algo parecido a un escudo. Era hábil para los virajes repentinos. Estoy enamorada de Luiz, dijo de repente. Abrí la boca y me quedé inmóvil, como petrificado. No esperaba esas palabras. Me paré de un salto y sentí un tirón en la pierna lesionada. Abrí la ventana de par en par. Encendí un cigarrillo, di dos o tres pitadas y lo tiré al vacío sin apagar. Odié a Raisa con toda mi alma, pero después de unos segundos, como si no hubiera pasado nada, le dije con mi mejor voz de aplomo: No entiendo lo que me decís. ¿Qué carajo tenés que ver vos con ese tipo?

Agarraba el pollo con las manos. Los lunes o los miércoles, a veces, no siempre, Luiz me invitaba a comer. Íbamos a la terraza de un hotel de lujo. Recorríamos la costanera a toda velocidad en su Corvette. Me hablaba a los gritos -el ruido del viento era un fastidio— del precio de la anestesia o de las siliconas para implantes. Decía que a su edad lo había visto todo y que lo único que le importaba era pasarla bien. Después, indefectiblemente, buscaba en la guantera una cajita de metal, sacaba una menta y se la metía en la boca.

Frango con frijoles. Eso pedía. Mientras esperaba el plato tomaba Aperol con naranja y me hacía preguntas sobre los pacientes. Yo le hablaba de los tratamientos como si fueran asuntos más complejos de lo que realmente eran. Él, por deferencia, no hacía preguntas. Decía que sí con la cabeza y se quedaba con los ojos vacíos, confundido con mi forma de ordenar el relato. Esa actividad lo ocupaba unos segundos, después, supongo que se encargaría de inferir lo que yo jamás le contaría.

*

Servían la comida y Luiz entraba en una especie de delirio. Con el tenedor, le quitaba la piel al pollo y cuando la carne quedaba expuesta, la miraba con ese asombro que provoca la materia al cambiar de estado, que, en este caso, era doble: de vivo a muerto y de crudo a cocido. Después, con cierta gravedad, tomaba la presa con la punta de los dedos, para reducir al mínimo la superficie en contacto con la grasa, y se la llevaba a la boca. Aquel era el momento. Mordía, riguroso, con el filo de los incisivos. Esta actividad mecánica no reportaba sofisticación ni encanto, era, más bien, testimonio de un anhelo básico; un acto, en otras palabras, dispuesto por el mandato de la especie. Pero la fase de masticación era diferente, bien diferente. En esta etapa, Luiz era un verdadero maestro. Trituraba la materia con lentitud y parsimonia, con los ojos en blanco y los párpados entornados, abstraído, como si el proceso dispusiera un esfuerzo de imaginación o memoria. El movimiento de su mandíbula, en particular el ritmo que marcaban los músculos, hacía suponer que la tarea, definitivamente, lo demandaba en cuerpo y alma.

Una noche a una hora justa: las nueve. O las diez. Mejor las diez. Karl estaba sentado en el sillón de su casa, hundido en almohadones. Había pasado la tarde entera con el oboe y ahora escuchaba a Raisa, que hacía diez minutos le hablaba sin parar. Intentaba ser lo más sincera posible. Y cuando terminó de contarle todo, cerró la boca y clavó la mirada en el suelo. El alemán, desconsolado, se cubrió la cara con las manos y se puso a llorar. La queja hizo que Raisa recordara un perro, pero no cualquier perro. Se le vino a la cabeza —me lo contó como un detalle llamativo— un maltés que había muerto, cuando ella tenía 11 años, atropellado por una camioneta en la rotonda de Mar del Plata.

El alemán se calmó de a poco. Insultó en su idioma, pero enseguida hizo una mueca como si se arrepintiera: le incomodaba mostrar su lado débil. Después, se encerró en el baño. Salió con el pelo tirante, peinado con agua. Llamó a su padre, que vivía en Stuttgart, para contarle la situación y buscar consuelo. Habló a los gritos. Se quejó de la Argentina, en general, y de su suerte, en particular. Mientras lo hacía, daba golpes con el puño a un aparador que quedó -lo vi al día siguiente— literalmente destartado. Pero Raisa estaba preparada para todo, incluso para reacciones como aquellas, y no dejó que la escena la intimidara. Había entendido el mecanismo de las emociones y con ese conocimiento anticipaba -y secretamente gozaba con el pronóstico- la sucesión de etapas del dolor. Al fin y al cabo, el sufrimiento era condición general, así lo entendía ella. Accedía al sufrimiento ajeno como si se tratara de un campo de batalla, y regresaba indefectiblemente enriquecida. Así funcionaba su mente.

No te amo ni te deseo, le había dicho Raisa al alemán. El argumento -el más definitivo y extremo posible— marcó el cierre de una etapa, pero fue vivida por el alemán como una instancia más concluyente: no finalizaba algo, terminaba todo. De eso se trataba. Ni más ni menos. Raisa, para enfrentar la situación, había consultado a una psicóloga que atendía por Núñez. Una mujer de 57 años que había sido pareja de su hermano Abel, y este hecho tan menor hacía que, a sus ojos, fuera infalible como profesional.

Raisa se fue a Brasil, a una playa. La tristeza la afectaba menos que a todos; sin embargo, algo se filtraba en su ánimo. Luiz la visitaba cada tanto: ocupado, como estaba, en su trabajo. Ella lo esperaba noche y día con falsa serenidad. Solamente hacía eso: esperarlo. A veces, compraba un puñado de camarones frescos que freía en una paila de cobre. Los acompañaba con arroz integral. También preparaba tragos con *cachaça* y azúcar. Su cabaña, confortable y espaciosa, estaba plantada en un médano alto a ocho metros del mar, pero ella jamás bajaba a la playa.

A la mañana, se pasaba aceite de coco por los hombros y escuchaba a repetición “Feeling Good” de Nina Simone. El verano, sin que ella lo supiera, se había instalado en su ánimo. A la noche, me llamaba por Skype para contarme cada pormenor de su día. En ciertos momentos, hablaba de su infancia, de la costa, del faro y de las calles desiertas de Mar del Plata en invierno. Definía su ciudad natal por acumulación. Era la forma que había encontrado para cerrar un espacio que la reclamaba. Una vez me dijo que le temblaban las manos. Me tiemblan las manos. No sé qué hacer, dijo. Estaba aterrada. La consolé con los mismos argumentos que usaba Del Vecchio cuando me veía desanimado. En ese momento, recordé la feroz tendinitis que sufrió Glenn Gould a los 12 años y que, a mi entender, lo convirtió en el mejor intérprete del mundo. Pensé que a los pianistas, la crisis, tarde o temprano, les llega a las manos.

Un lunes me repuse del esguince y sentí, completamente eufórico, que entraba de lleno a la vida. Salí a la calle desbocado como un caballo. De nuevo era dueño de mis actos y, siguiendo el estímulo de la dicha, asocié salud con libertad. Estaba feliz, con ganas de caminar, de hacer cosas, de hablar con la gente. Compré el diario, el primero que encontré, para ojear los titulares y, de paso, confirmar que los desgraciados eran siempre los otros. Entré al café de Scalabrini y pedí un cortado que tomé a las apuradas, de parado. Me tocó un pocillo con la base rajada. Hablé dos palabras con el dueño, pero, más que nada, lo miré hacer. Estuve un rato así, con las manos en la barra. Tomé aire por la nariz como si estuviera en el campo. Después salí a la calle y me fui a trabajar. A los cinco minutos, la masa emocional de la que me nutrí en el bar se transformó en una lupa. Miré el mundo a través de ella y lo vi distinto; en consecuencia, yo también cambié. Me sentí seguro de las cosas y de mi profesión. Ese día, manejé el explorador, la espátula y el espejo. Diagnosticué con certeza. Pero, sobre todo, descifré el dolor. Vi a un paciente tras otro y me tomé un único descanso para fumar.

Trabajar así, intensamente, me dio una felicidad tan perfecta que, en cierto momento, se me atoró en la garganta. Cualquier cosa me hacía saltar las lágrimas. Estuve dos semanas repitiendo esa rutina. Fue lo mejor que me pudo pasar. Cerré mi etapa en Buenos Aires con bombos y platillos. Una noche de esa semana, llamé a mi madre y le conté primero que a nadie que me iba a Brasil. Por cábala, había mantenido la información en secreto. Dijo: Sos un loco de atar, pero es la herencia que recibiste de mí. La imaginé con la ceja arqueada y el mentón firme.

Antes de irme, retomé la piletta. Fui tres veces a entrenar a modo de despedida. Russo me recibió como si fuera un partisano y hubiera regresado de una misión suicida. Me abrazó y dijo que me tenía fe. Te tengo fe, pibe, comentó. Mientras nos cambiábamos, contó que se había terminado el tema de Mary, Peggy o Julie. Reaccioné como si compartiera su alivio. Tuve la sensación —algo más concreto que una simple conjetura— de que ese entendimiento mío, tan bien dramatizado, se convertiría en algo que nos uniría para siempre.

Cuando llegué a Brasil, Raisa y Luiz ya estaban instalados en una *fazenda* magnífica. De un día para otro, la relación entre ellos había cambiado: ya no había más viajes de trabajo ni separaciones.

Todas las mañanas, Raisa tocaba el piano -se había hecho traer de Londres un Schimmel espléndido— mientras él transpiraba en el gimnasio. Luiz corría siete kilómetros diarios y tomaba deshidratantes para mantenerse en forma. Su organismo era rebelde, según decía, y eso lo obligaba a la disciplina. Había engordado cinco kilos en tres meses y la idea de la degradación física lo atormentaba. Sin embargo, no podía dejar el alcohol. Tenía una heladera repleta de latas de cerveza que reponía cada tres días.

Así estaban Raisa y Luiz, inmensamente felices. La verdad es que no era grato verlos así, provocaban rechazo. No era envidia o, para ser sincero, no era exclusivamente envidia, se le sumaba, además, un efecto reactivo frente al exceso. Daba asco verlos tan abastecidos, tan autónomos; en otras palabras, cerrados al mundo.

En esa época, yo vivía en el Windsor, pero al poco tiempo -no llegué a estar tres semanas en ese hotel- me mudaron a un condominio lujoso. Las palmeras, los lagos y las paredes estaban hechos del mismo material. Todo tenía olor a plástico. Como en las últimas semanas de Buenos Aires, yo seguía trabajando duro, pero, de todas formas, no descuidaba el entrenamiento. Iba a una pileta que quedaba a diez minutos del consultorio. A la noche, comía siempre liviano. Le compraba viandas a un proveedor artesanal que me había recomendado Luiz. Después, salía al deck a fumar y tomaba un poco de aire. Era mi momento de tranquilidad. Pensaba en lo que había hecho durante el día, repasaba recuerdos y planificaba el futuro. A veces, distinguía animales en la bruma. Notaba su curiosidad, su cautela. Arbitrariamente, me sentía parte de un orden natural, como si fuera un engranaje dentro del gran esquema biológico que mi estilo de vida me había llevado a ignorar.

El condominio estaba al lado de una selva pantanosa, varias hectáreas de tierra indómita. Y la fauna, como es de esperar, no respetaba límites. Una vez, vi dos monos ayuntados a metros de mi casa; otra, distinguí un tucán en el canto de una fuente ornamental. Estos avistamientos, en realidad, eran excepcionales; por lo general -y lo digo con pudor— espiaba a la gente que tenía cerca. En una lomada del predio, por ejemplo, vivía un hombre flaquísimo, de cabeza afeitada, con aspecto de faquir. Casi todas las noches observaba su rutina. Desde mi terraza tenía una vista privilegiada de su living. Se sentaba en posición de loto y pasaba horas inmóvil. Por Boi, otro vecino del que me había hecho amigo, me enteré de que el yogui se llamaba Bassett, era instructor de Tai chi y había recorrido el mundo trabajando como crupier en grandes casinos.

Estábamos a un par de semanas de fin de año cuando Luiz entró al consultorio con mala cara. Había tenido un sueño espantoso: unos bichos le infectaban la sangre. No había pegado un ojo en toda la noche y, antes de que saliera el sol, desesperado, se había tomado un comprimido de clonazepam. Ahora, a la falta de energía se le sumaba la resaca del somnífero. Adelia, una enfermera charlatana que andaba siempre metiéndose en lo que no le importaba, le dijo que jugara a la lotería porque los malos sueños, siempre, en todas las ocasiones, eran puertas a la fortuna. Luiz se encogió de hombros, tomó un resto de café de un solo trago y dijo que tenía que cruzar la ciudad para tener una reunión de negocios. Volvió a los cinco días con una bandeja repleta de bombones surtidos. Había apostado un dineral al 18. Ahora era millonario. *Prata chama prata*, dijo la enfermera. Esa misma tarde estaba en la calle, desocupada por su incontinencia verbal.

*

El golpe de suerte tuvo un efecto notable en Luiz. Notable e inmediato. Abandonó su actividad cotidiana, sobre todo su trabajo de coordinador, y empezó a hacer viajes de entrenamiento físico al Amazonas. En pocos meses, cambió su cuerpo: adelgazó y se tonificó al extremo. Hubo una época en que no comía nada si no sabía exactamente cuál era su valor calórico. Raisa empezó a alarmarse y la angustia también la transformó. Su cara se volvió más angulosa. Me pasaba a buscar después del último paciente y nos íbamos a tomar un helado a un lugar del centro de la ciudad. Después, como si la decisión no fuera nuestra, nos íbamos a casa y dormíamos juntos. Indefectiblemente, amanecía llorando. Decía que estaba arrepentida y se preguntaba en qué había fallado.

Los viajes de Luiz a la selva empezaron a durar cada vez más. También cambiaron de eje. Dejó de importarle la destreza física; la prioridad, ahora, era lo espiritual. El asunto varió del todo una tarde en la que se perdió en la espesura. Había salido del campamento para buscar agua y la vegetación lo desorientó por completo; sin darse cuenta, se internó en el manglar. A las dos horas, totalmente desesperado, se cruzó con un campesino tan feo que, al primer vistazo, creyó que era un animal. Terminó siendo un lenguaraz del pueblo yanomami. El tipo, un tal Ramón Carvalho, con el rigor de sus gestos, impresionó a Luiz, quien, en muy poco tiempo, se transformó en su discípulo. Los viajes, entonces, se hicieron todavía más largos. Llegó a ausentarse tres meses. Eso, claramente, trajo consecuencias. En la empresa, el socio —que desde el comienzo se había encargado de lo administrativo— le sugirió que nombrara un director operativo. Ese cambio le daría absoluta libertad para moverse. Luiz estuvo de acuerdo y me propuso a mí. Yo era ideal por la honestidad y la destreza administrativa. La vez que me ofreció el puesto estaba apurado, quería solucionar todo rápido para volverse a la selva. Se iba a cumplir un ritual. Me contó que uno de los hábitos de los yanomamis era el canibalismo. Y que, bien mirado, no era una práctica tan brutal: no comían carne, tragaban cenizas. En los huesos se conserva la energía esencial, al ingerirlos se accede a esa fuente de vitalidad, me dijo. Esa era la creencia. Me pareció la síntesis perfecta de lo primitivo.

A esa altura de los acontecimientos, Raisa estaba desolada. Como no soportaba vivir en la *fazenda*, había alquilado un piso en la ciudad al que transportó su piano. Era un lugar confortable con un ventanal al mar pero lo terminó devolviendo enseguida. En esa época, seguía ensayando por los compromisos adquiridos, de todos modos, se notaba que había perdido el entusiasmo. Tenía que dar tres conciertos en Canadá. La planificación había sido con tiempo, pero ella suspendió la gira cuando estaba con un pie en el avión. Dijo que no le daba el ánimo. Su agente habló con los productores, unos empresarios de Vancouver, y les rogó que la entendieran. Ellos se mostraron comprensivos -en el *conference call*, incluso, le dijeron que la salud de ella era la única prioridad—, pero a la semana, cuando el asunto parecía saldado, empezaron a llegar las intimaciones. Le iniciaron una demanda por daños y perjuicios. Exigían una indemnización millonaria.

En ese momento, Luiz volvió de la selva. Estaba sereno. Raisa le dijo que en el próximo viaje lo acompañaba sí o sí. Él procuró disuadirla. Le habló de las anacondas y de los escorpiones Tityus, pero no hubo caso: ella estaba decidida. Le dijo que si viajaba con él correría riesgos, sin ninguna duda, pero si se quedaba, enloquecía seguro. Acto seguido, le dio un largo abrazo que Luiz correspondió a medias, sin ganas. Parecía cansadísimo. Se había dejado una barba larga, negra, con tintes rojizos, que le daba aspecto de chico envejecido. Salieron para Manaus un miércoles a la mañana. En ese puerto, un barco de carga los internaría en la espesura. Bajarían en algún claro y un baqueano yanomami los guiaría hasta alguna aldea perdida.

*

Los llevé al aeropuerto un atardecer de octubre. Más que satisfechos parecían resignados. Ella, con la idea de reforzar el vínculo, había comprado amuletos, pirámides talladas en piedras azules. Las llevaban colgadas al cuello. Verlos así, tan perdidos, daba lástima. Iban agarrados de la mano. Los labios tirantes, el pelo revuelto. Se miraban de soslayo para espiarse las reacciones. En el momento de la despedida, ella me susurró: Tengo miedo. Le acaricié la mejilla y le acomodé la ropa. Cuando los vi perderse por la puerta del pre embarque, me fui aliviado. Se iban al medio de la jungla, por lo tanto, no esperé ningún tipo de comunicación. Además, estaba acomodándome en mi nuevo puesto y casi no tenía tiempo para nada. Mi diversión era ir por las noches a Bellussi, un lugar de la costa. Pedía un chupito de *cachaça* y fumaba unos charutos muy olorosos mirando el mar. Ocasionalmente, conocía a alguien y dormía acompañado, pero no era el propósito de la salida y, quizás por esa razón, siempre mantuve relaciones sanas. A veces, cuando volvía a casa, nunca demasiado tarde, siempre antes de la una, distinguía un grupo de caimanes en la orilla de un pantano. Eran menos de diez y todos adultos, ninguno medía menos de seis metros. Tenían escamas dorsales pronunciadas, placas iguales a cuernos y crestas que se iban estrechando hacia la cola. Parecían íntegramente negros, pero cuando los iluminaban los faroles del auto, sus cuerpos aplanados se volvían amarillos. Eran artefactos mecánicos, no animales. Al verlos, trataba de imaginar qué estaría haciendo Raisa en medio de la selva. Pensaba que la estupidez humana no tiene límites.

Estoy hecho para la soledad, no para el cambio. A mitad de agosto, me llamó mi cuñado. Hacía años que no hablábamos y me costó reconocerlo. Dijo, medio fastidiado, que estaba con Emi en Mar del Plata. Mi madre había sufrido un ACV y el pronóstico era reservado. Le dije que lo lamentaba muchísimo, pero que, justo en ese momento, me resultaba imposible viajar. No me justifiqué ni le di más explicaciones. Mi cuñado tosió, recurso que siempre usaba para desaprobar, se despidió con una fórmula y me cortó. A los diez minutos, volvió a llamar. Tu madre murió hace dos horas, dijo. Cambié radicalmente de planes. Tomé dos aviones y llegué a Mar del Plata con un fuerte dolor de espalda.

En el aeropuerto, sentí un frío atroz y estuve seguro de que semejante cambio climático me iba a enfermar. Había olvidado los duros inviernos del sur, estaba por fuera de ese registro térmico. Pero cuando vi el mar, todo cambió. Tuve la fantasía de tirarme de cualquier espigón y nadar hasta la playa. De golpe, me acordé de la vez que participé en la copa “Mar del Plata-Miramar”. Era un día brumoso y el agua estaba revuelta. No distinguía las boyas ni el faro. Me perdí mar adentro y me tuvieron que rescatar. El pasado nunca prescribe, pensé, se proyecta.

*

El velorio fue en una salita de la avenida Luro. Entré a las apuradas. Abracé a mi padre y a mi hermana. Los noté viejos, insulsos, con la ropa ajada. Aparentaban mil años. Verlos así, tan venidos a menos, me revolvió el estómago. Me ofrecieron café. Claramente, era una excusa. Me arrinconaron en una cocinita y empezaron con las críticas. Vivir en Brasil era una prueba de mi indiferencia para con ellos. No lo dijeron así, usaron otras palabras. Los unía una energía oscura y vengativa. Me pregunté si esa fuerza maligna no sería un aire de familia, una cultura. Ahora, mi padre y mi hermana parecían gemelos. Tenían el pelo lacio y llovido, los párpados caídos. Era evidente: estaban aburridos de ellos mismos.

Mi madre estaba seca, deshidratada, metida en un cajón de aglomerado enchapado. Tenía los labios retraídos y se le veían los incisivos. Sentí que era la primera vez que le observaba los dientes. Eran cuadrados, demasiado chicos, de color gris perla. Nunca en mi vida me voy a olvidar de aquel detalle; de hecho, esa imagen es la memoria más fresca que tengo de su muerte. A cada lado, había una corona. La de la derecha era de mi familia; la otra, del Doctor Lacunza, su antiguo jefe de Buenos Aires. El dentista había dictado una frase amorosamente cursi para la faja. Nunca había podido olvidarla.

El asunto del cementerio fue verdaderamente grotesco. El lugar estaba en medio de la nada; por lo tanto, el viaje fue interminable. Para colmo, ni bien salimos, me empecé a sentir raro. Bajamos del auto en un suburbio lleno de árboles raquíticos y tumbas descuidadas. Los varones del grupo acomodamos el ataúd en un depósito: lo iban a cremar al día siguiente. No hubo misa porque no encontramos al cura. Resolvimos el trámite con un empleado municipal que, cada tanto, miraba para atrás como si estuviera esperando a alguien. Intercambiamos unas pocas palabras, cinco billetes y tres firmas. Cuando no supimos más qué hacer, nos miramos un rato las caras. En ese momento, cayó el silencio rural con toda su fuerza. Cada tanto se oía un mugido o

el ladrido de algún perro lejano. Después se impuso un ruido mecánico. Y eso funcionó, inesperadamente, como el momento más profundo de aquel improvisado responso.

*

A la vuelta, compramos medialunas y terminamos en casa de mi padre. Nos sentamos al lado de una estufa y como la conversación se puso insípida —Emi contaba algo sobre sus hijos— me distraje con el ruido del gas. Después, salí al patio a fumar. Un golpe de viento me sacó el humo de la cara. Terminé el cigarrillo y otra vez sentí frío. Aspiré el aire de mar, un mar arisco, sin la calma del brasilero. En eso estaba cuando me vibró el celular. Número desconocido. Atendí: Kreimer, Abel Kreimer. Se había enterado de que estaba en Mar del Plata y de que mi madre había muerto. Veámonos a la noche, dijo. Le habían regalado un ciervo y lo iban a asar en un campo. La propuesta no me entusiasmaba, pero Kreimer insistió.

Me pasó a buscar en una camioneta que parecía un tractor. Estaba gordo y usaba camisa escocesa. El asado era en Sierra de los Padres. Llegamos y me presentó a tres amigos muy parecidos a él. Uno salaba un costillar, los otros se ocupaban del fuego. Estaban iluminados por un reflector de 100 watts. Al lado de la parrilla, había una bolsa de plástico con las vísceras del venado. Empezamos a comer pasadas las doce. La carne estaba durísima. Tenía gusto agreste, a monte, pero igual la tragamos, medio doblados sobre los platos. En la sobremesa, de un momento a otro, surgió de la arboleda una jauría amenazante. Los perros, serían seis o siete, empezaron a merodearnos, nos miraban con recelo, gruñían. Nosotros apretamos los dientes. Para descomprimir, abrimos otro vino y hablamos de cualquier cosa. En ese instante, uno de los bichos, una especie de husky, como quien no quiere la cosa, se apartó del grupo, saltó sobre la parrilla y robó la carne que quedaba. A los diez segundos, escuché los tiros: los amigos de Kreimer no se andaban con vueltas. Dispararon a ciegas, varias veces. Alguna bala dio en el blanco -me consta por los alaridos de dolor-, pero el falso husky tuvo suerte: atravesó el campo a la velocidad de un rayo y se perdió para siempre en los pastizales.

Volví a Brasil lo antes que pude. Estaba saturado de obligaciones laborales y no quería quedar mal con el socio de Luiz. Pero, sobre todo, no aguantaba más a mi familia y ansiaba alejarme de la oscuridad que significaba Mar del Plata para mí.

A las dos semanas de mi regreso, una madrugada -creo que fue un viernes-, llegué a casa exhausto. Cuando abrí la puerta y encendí la luz, me encontré con un completo caos. Tres monos se habían metido por el respiradero del baño y como no habían podido salir, habían roto todo. No quedaba nada sano, hicieron trizas hasta la cortina del baño. Cuando entendí la proporción del desastre, se me disparó una taquicardia horrible. Abrí la ventana de par en par, tomé aire y me puse a llorar. En ese momento, pasaron los monos a mi lado, en fila india, muy decididos. Me miraron de refilón, con lástima o con odio. Después se treparon a un árbol y enseguida pasaron a otro; en el tercero, desaparecieron.

A la mañana, tomé medidas. Compré un líquido abrasivo para ahuyentar animales. Lo esparcí por el terreno con la ayuda de Boi, mi vecino. Nos quedó en las manos un olor fuerte a amoníaco. Ese día, falté al trabajo y me ocupé de ordenar, pero a las siete en punto, me bajó un cansancio feroz —la tarea había sido demoledora— y decidí darme una ducha para recuperar energía. Limpio y perfumado, me subí al auto. Mi idea era ir a Bellussi para despejarme un poco. Antes de salir, entrecerré los ojos y relajé las extremidades. Descanso unos segundos, pensé. Solo unos segundos, repetí en mi mente. Pero me quedé dormido cuatro horas. Desperté con la boca seca y mucha sed. Tenía catorce llamadas perdidas. Todas de Raisal. Como si fuera poco, me había grabado dos mensajes. En uno, pedía ayuda; en el otro, me insultaba a los gritos. Había llegado de la selva y estaba completamente desesperada.

*

Fui a la *fazenda* a primera hora del día siguiente. Me abrió la puerta con un sistema remoto que acababa de instalar. Esperame en la cocina, dijo por un intercomunicador. Preparé un expreso y me lo tomé despacio, bien despacio. Raisa apareció a los veinte minutos con una bata de seda. Le quedaba espléndida, pero se notaba a las claras que no la estaba pasando bien. Tenía la piel de la cara roja y llena de arañitas vasculares. De todas formas, mantenía el brillo en los ojos, aunque esa particularidad, que antes se relacionaba con el bienestar, ahora estaba aliada a la locura. Parecía fuera de eje; de nuevo le temblaban las manos. Las tenía lastimadas y las uñas, todas quebradas. Dijo: Luiz está chiflado. Completamente chiflado. Contó que él se había quedado en la selva para seguir con la iniciación, que dormía en un colchón de hojas secas y se ataba cuerdas de algodón en las muñecas, la cintura y el prepucio. Luiz quería dejar de ser un nape, término con que los yanomami designaban a los extranjeros. Con este fin, tomaba grandes cantidades de un alcohol hecho a base de caña. Ese menjunje lo embrutecía y lo hacía delirar días enteros. De hecho, al comienzo de la última estadía, la borrachera había sido tan brutal que no se despertó cuando un grupo de hormigas bala le atacaba el lóbulo de la oreja izquierda.

*

Raisa estaba aturdida y decidí ayudarla con todo lo que estuviera a mi alcance. Me pareció importante saber cómo estaba de salud y le pedí a Boi, que trabajaba en la industria farmacéutica, alguna referencia. Me recomendó un médico clínico y saqué turno de inmediato. Ella canceló tres veces la visita. La cuarta, la pasé a buscar y la acompañé a la consulta. Fuimos en mi auto. Como estaba muy débil, la ayudé a bajar. Pasé la mano por debajo de su axila y palpé algo, una dureza. Dijo que era una reacción a la picadura de un bicho. Terminó siendo algo peor: un tábano había desovado en la herida, la zona estaba llena de larvas. Hubo que abrir, desinfectar y prescribir antibióticos. Raisa entró en un cono de sombra. Se encerró en su casa.

Yo la visitaba día por medio. Me hablaba siempre de lo mismo: Luiz. Era insoportable verla repetirse hasta el infinito. Entonces, por segunda vez, decidí rescatarla: consulté a un psicoanalista. El tipo, seguro de su hipótesis, dijo que el contacto con los yanomami había desnaturalizado la matriz social de Raisa. Tenía que reinsertarse en el mundo, y yo, por la naturaleza de nuestro vínculo, era la persona indicada para encausar el proceso. Como ella no quería abandonar la *fazenda*, tuve que invitarla a salir mil veces hasta que un día accedió. Fuimos a Bellussi, el bar de los chupitos. En el trayecto, estuvo ensimismada, casi hosca. Por alguna razón, sentí que era la primera vez que la veía. Pensé que la belleza se revela de a poco, necesita tiempo y paciencia para mostrarse. Tomamos algo y nos fuimos relajando. De a poco, aunque más rápido de lo que imaginé, el alcohol y la circunstancia la devolvieron a su propia vida. Me habló del sonido de un piano. Dijo que era mejor tocar una nota errada que una mala interpretación.

Salimos a la terraza a fumar y a ver el mar. El horizonte estaba cerrado, completamente cerrado, pero había un barco en la negrura. Era un punto de luz. Y lo cambiaba todo. Cada tanto se movía con el paisaje. El vaivén de Raisa también obedecía a ese ritmo. Tenía un hombro desnudo y la piel del cuello blanquísima. Le acomodé el chal y me acerqué a su cara, de a poco. La besé en la mejilla. Dos veces. Después, en los labios. Noté una crispación, un ligero disgusto. Igual, me dio un abrazo largo y sentido. Pensé que el deseo, aunque fuera una herramienta vieja y envenenada, seguía siendo la única fuerza que movía al mundo.

Boi trabajaba en un laboratorio y tenía un pez beta tatuado en el brazo. Había estudiado economía en la Universidad de Campinas y, tras un breve paso por el departamento de Teoría Política, se había desencantado de todo. A los 23 años, el universo, para él, era un grumo inmotivado. Hoy pensaba que no había actividad humana que no se subordinara a la codicia. Era locuaz y escéptico. Dos rasgos indispensables para la empresa: su habilidad en el trabajo era muy reconocida. Los mercados reclamaban dinamismo, y a él esa exigencia lo cargaba de adrenalina. Además, comía arroz basmati y detestaba la mayoría de las composiciones de música electroacústica.

Cuando lo conocí, hacía cuatro años que practicaba surf. Tenía una tabla Firewire que había comprado en Chile, y se iba todos los veranos a las Islas Canarias. Un día me invitó a hacer *running*. Le dije que yo no corría, que solamente nadaba, pero fue perseverante. Trotar me costó mucho: la actividad física en tierra reporta otro esfuerzo aeróbico. Como no podía ser de otra manera, me quedé sin aire. Sentí el tabaco en los pulmones, pero de a poco me fui adaptando. Antes del mes, corría cinco kilómetros en treinta minutos. Nuestra ruta tenía dos zonas. La primera: terreno plano, mayor velocidad; la segunda: pura selva, pesada, cenagosa. También, hacíamos pasadas en pendientes. El esfuerzo era descomunal. A eso se le sumaban los mosquitos, verdaderos asesinos con alas. Boi, antes de salir, se embadurnaba con un repelente de eucalipto; yo prefería el óleo industrial, era más efectivo. Una vez —bajábamos una cuesta pronunciada— tropecé con una rama y me fui de boca. Boi quiso atajarme, pero como mis brazos estaban aceitados no pudo retenerme. Rodé más de diez metros por una pendiente hasta que me frenó una roca. Me di un golpe fuerte en la cabeza, a mi alrededor se puso todo blanco.

*

Me internaron en un sanatorio para hacerme estudios. Desde mi cama, que daba a un ventanal, alcanzaba a ver la punta de una araucaria y escuchaba el día entero un sonido rarísimo, algo que alternaba choques de maderas y graznidos. Era el canto de los tucanes. Mi enfermera, rubia y dulcísima, me trataba con un cuidado extremo. Por ella, y no por el médico, me enteré de las consecuencias del accidente. Se esperaban déficit en la memoria y problemas de discernimiento. De hecho, cuando vino Raisa a visitarme, tardé unos segundos, no más de cinco, en reconocerla. Esta situación angustió a todos menos a mí. Estaba seguro de que era algo pasajero, un detalle al que no había que prestarle atención.

Cuando salimos del bar, Raisa estaba borracha. Dijo que por nada del mundo volvía a su casa, así que la llevé a la mía. La ruta, esa vez, me pareció distinta: curvas cerradas, asfalto irregular, tránsito pesado. A la derecha, se veía el mar, negro, más negro que nunca, y a la izquierda, una *favela* descomunal. Parecía el paraíso y el infierno juntos. La radio había quedado fija en una emisora de música clásica. De fondo, se escuchaba Schumann, las escenas infantiles.

Llegamos a casa y ella, que estaba medio aturdida, volvió en sí. Puso cara de asco y dijo: Qué olor horrible. Le conté de la incursión de los monos y del repelente. Encogió los hombros. Dio a entender que no le importaba lo que le estaba diciendo. Después sufrió un ataque de risa tan violento que se agarró la panza con las manos y le empezó a faltar el aire. No paraba. Tenía la cara roja y los ojos congestionados. Traté de calmarla, le acerqué un vaso con agua, pero lo rechazó. Se ahogaba con las carcajadas. Para mejorar su estado, buscó comodidad. Se sentó en el piso con dos movimientos y distinguí que tenía la entrepierna húmeda: se le habían relajado los esfínteres. Vamos, le dije. Y la llevé al baño. Le bajé el pantalón y la ropa interior y la senté en el inodoro. El chorro de orín al mezclarse con el agua produjo una espuma abundante. Raisa ya se había compuesto un poco. Levantó la mirada -estaba completamente agotada—, me puso una mano en el pecho y dijo algo, dos palabras, que no alcancé a entender.

*

La cargué y la llevé a la cama. Se quedó inmóvil, con los ojos cerrados. La respiración se le hizo pesada. Entonces, me desnudé en absoluto silencio. Tomé medio comprimido de alplazolam y me acosté sobre la colcha. Entré enseguida en un estado de agradable duermevela. Por mi cabeza, pasó todo lo que había vivido ese día. Después, me quedé dormido. Tuve un sueño rarísimo. Era soldado raso del Batallón de Húsares. Tenía una venda en la cabeza y andaba a los tumbos por el desierto. De golpe, en medio de la nada se abrió una fuente de agua. Yo me acercaba con cautela, pero desesperado de sed. Hacía un cuenco con las manos y me llevaba a la boca un líquido que no era agua sino una especie de maná. Ahí, de pronto, me desdoblaba: era yo y, al mismo tiempo, otro que me enfocaba desde arriba. En eso estaba cuando Raisa me despertó. Dame bola, dijo. Me rodeó las piernas con las suyas y sentí su aliento a vodka. Le rocé la boca con un dedo. Ella me abrazó fuerte: tuve que pedirle que aflojara. Sentí la aspereza de sus talones en las pantorrillas. Era flaca, pero tenía una fuerza descomunal. En un momento, me dio vuelta —quedé boca arriba— y se me subió encima. Estaba a punto de penetrarla, cuando gritó. Pará un poco, dijo. Se volcó a un costado y se puso a llorar. Estaba tan acongojada que el sollozo no la dejaba hablar. Por segunda vez en la noche, la consolé y le llevé agua. Mientras bebía, la miré y pensé dos cosas. Una: las emociones alteran las facciones. Dos: la belleza es siempre engañosa.

*

Se recompuso con un gesto: se estiró el pelo con las manos y lo acomodó en un rodete. En

ese momento, pudo hablar claro. Dijo que estaba desanimada y que no era tanto por haber perdido a Luiz, que a esta altura ya consideraba un imbécil, sino por algo que le estaba pasando. Contame, le pedí. En el Amazonas, durante una celebración, un hombre le había ofrecido una bebida hecha con raíces. Ella la rechazó, pero como Luiz le había contado que en la tribu era mal mirado desairar convites, lo reconsideró y decidió aceptarla. Al rato, estaba completamente drogada. Se sentó en un tocón a esperar que se le pasara el efecto. Los yanomami, mientras tanto, asaban una especie de jabalí enorme. Tomaban vino de una bota de cuero. Raisal se sintió cada vez peor hasta que se desmayó. Cuando volvió en sí, un rayo de sol le daba en la cara. Había olor a grasa en el aire. Estaba en un rancho de barro y paja, sobre un colchón de hojas. A su alrededor, desnudos, dormían tres hombres. Raisal se irguió de a poco. Cuando se paró, un hilo de semen le bajó por la parte interna del muslo. Desesperada, buscó a Luiz. Estaba a la sombra de un naranjo, abrazado a un perro. Reaccionó a las dos horas y, cuando lo hizo, no hubo manera de que creyera lo que ella había vivido.

Raisal me dijo que salió de la selva como pudo. La ayudó un leñador al que le decían Pascual. En Manaus se recompuso un poco. Tuvo que ir a un hospital a curarse una herida que tenía en la pierna. Hizo una combinación de vuelos para abandonar la amazonia lo antes posible. Ahora, tenía un atraso de tres semanas. Estaba aterrada: sentía en el cuerpo todos los signos de un embarazo.

Los efectos del golpe fueron inmediatos. Empecé a sufrir dolores de cabeza. El ciclo era: molestias en la nuca, puntada en las sienes y náuseas. Fui a un neurólogo que me indicó una tomografía. Los resultados lo dejaron preocupado -me inquietó su seriedad- y me recetó un analgésico fuerte. Lo tomaba a la mañana, en ayunas, y quedaba el resto del día medio aturdido. Entendí que las cosas en mi vida ya no iban a ser iguales y procuré asumirlo con la mayor serenidad posible. Ajusté mis horarios para que la rutina me contuviera. Me levantaba temprano, entrenaba en una máquina de fitness, me duchaba y salía. En la ruta, miraba el mar. Se me venía a la mente siempre el mismo recuerdo: las mañanas en Mar del Plata cuando mi padre nos llevaba a mi hermana y a mí a la escuela. El mar de Brasil me resultaba completamente diferente al argentino. Se ofrecía como un regalo. Y los regalos, siempre lo pensé, esconden segundas intenciones.

Un lunes me desperté a las siete y descubrí que me había quedado sin café. Desayuno en algún bar, pensé. La idea de quebrar una costumbre, por insignificante que fuera, me puso feliz. Subí al auto y aspiré el olor a vainilla del limpia tapizado. Puse primera. Como siempre, fui cuidadoso de no sobrepasar la velocidad máxima del condominio. El sol pegaba duro y la selva empezaba a levantar temperatura. Se desprendía un vapor de los árboles que daba dos vueltas en el aire y se perdía. Un grupo de monos pasó saltando de rama en rama. Chillaban como hienas.

*

Agarré la ruta y el auto empezó a perder potencia, aceleraba y no reaccionaba. Lo había llevado al lavar el día anterior: relacioné la falla con este hecho. La idea, aunque estúpida, me tranquilizó, pero a los pocos kilómetros, la situación se puso peor. Entonces, me detuve a un costado del camino. No sé nada de mecánica; de todas formas, abrí el capot y me quedé un rato mirando. Desconecté los cables de las bujías y los volví a empalmar. Cuando quise encender de nuevo el auto, el motor no respondió. Sin hacerme problema, llamé al auxilio mecánico. Me dijeron que iba a tener una demora de veinte minutos. Crucé la ruta y me metí en un quiosco. Pedí agua de coco; como no había, compré guaraná. Me atendió un viejo que tenía puesta una gorra con la imagen de un ciervo. Abría el pecho cada vez que hablaba. Ese gesto me recordó a alguien, pero no supe a quién. Cuando salí del local, se me acercó un perro mestizo, feo y peludo. En ese momento caí en la cuenta de que el tipo era igual a mi padre. O, mejor, el ademán, su manera de tomar aire, lo era. Hacía mil años que no hablaba con él. Después de la muerte de mi madre, habíamos perdido contacto.

Me metí en el auto a esperar el auxilio y me dio sueño. Pensé en el neurólogo y en los secundarismos del analgésico, y un odio irracional me subió a la cabeza. Cerca de la rueda, una fila de hormigas esquivaba un arbusto y trepaba al tronco de un tamarisco. En el aire, como una atmósfera adicional, se olía el nitrógeno y, creo que por eso y no por otra cosa, bajé del auto y caminé hasta una roca. Me puse a mirar el mar como hacía mucho que no lo hacía. Y antes de que pasaran dos minutos, sentí que, en ese lugar, en ese espacio de piedra, había un riesgo que discutía con mi vida segura. De golpe, distinguí algo en el agua. Las olas lo confundían con el

horizonte. Era brillante y acompañaba la marea. Creí que se trataba de una boya o algún objeto a la deriva, pero enseguida advertí que no: en los movimientos había voluntad. Evidentemente, era un pez, un pez grande. Imaginé una tonina o un delfín. Achiqué los ojos para ajustar el foco y puse la mano derecha en visera. Pero de un momento a otro, después de un repentino destello, la figura giró sobre sí misma, dio un palmazo en el agua y desapareció. Me quedé unos minutos esperando que resurgiera. Después, busqué los cigarrillos en el auto y encendí uno. Una ráfaga de viento me quitó el humo de la cara. Tuve la impresión de que todo había sido una fantasía y me sentí estafado. El auxilio mecánico llegó puntual. El técnico, un tipo gordo y desgarbado, dijo que era un problema de conducción de la electricidad. Hablaba bajo y con un portugués cerrado. Tenía las manos grandes, y sus dedos, largos y nudosos, terminaban en uñas con forma de garra.

Raisa se recluyó en la *fazenda*. La llamaba y no atendía. Una tarde fui a verla y la encontré en pésimo estado. Estaba sucia, con un jogging roto, un pañuelito al cuello y los ojos hinchados. Tardó en abrirme. Cuando lo hizo me trató como si fuera un desconocido. Nos sentamos en el sillón del living. Le pregunté sobre el atraso que había tenido y miró para otro lado. Hubo un silencio incómodo y, como no supe qué hacer, repetí una historia que había escuchado en la radio. Raisa me miró desconcertada. Después, me ofreció café y acepté gustoso, pero cuando lo trajo no lo pude probar: en un borde de la taza había una mancha de rouge. El detalle me dio asco, tanto que tuve que encerrarme en el baño para reponerme. Abrí la canilla y dejé correr el agua. Me miré en el espejo y lo que vi no me gustó. Como siempre me pasa, desvié la mirada. Junto a la bañadera, había una montaña de trapos ensangrentados.

Volví al living. Raisa estaba deshecha. Le colgaba un hilo de moco de la nariz y se lamentaba por la pérdida de Luiz. Pasaba por una etapa atroz. Había intentado abortar metiéndose cosas en la vagina. Se había lastimado y como la hemorragia no paraba, había fabricado emplastos, parecidos a pañales, que se cambiaba muy de tanto en tanto. Me confesó que había pensado en matarse. Los intentos, todos, habían sido un fiasco: pastillas y gas. En un caso, la salvaron los vómitos; en el otro, la mucama, una vieja bahiana que cuando la encontró desvanecida se dio el susto de su vida. Para Raisa, el dolor era una artesanía, en poco tiempo se había convertido en su único enlace con el mundo. Como a todos los enfermos, no le interesaba otra cosa más que su propio ombligo.

*

Se dio una ducha, se vistió y nos fuimos a una guardia. Le hicieron un test de embarazo. Dio negativo. Como la notaron muy nerviosa, le inyectaron un sedante. Tenía que llevarla a descansar, pero como estaba muerto de hambre, de paso a su casa, la invité a una churrasquería. Pedí bifes y una ensalada completa. En medio de la comida, me pidió disculpas y se fue al baño. Tuve que ir a buscarla: estaba sentada en el inodoro, con la mirada perdida. La cargué en brazos y la deposité en el auto como si estuviera muerta. Me quedé en la *fazenda* para cuidarla. Durmió una siesta larguísima. Cuando se despertó, yo estaba entretenido mirando en el celular un video sobre saliva artificial. Se me acercó de atrás y me sorprendió con un beso en el cuello. Dijo que era el mejor hombre que había conocido en su vida. Me vino a la cabeza un comentario de Luiz sobre los caníbales del río Xingú. Decían que la virtud de la gente se reflejaba en la calidad de su carne.

Ser dentista es una forma de ver el mundo. Mezcla de lo artesanal con lo científico. Los dientes son huesos, pero pierden intimidad cuando están a la vista. Piezas dentales, decía mi madre. Y arqueaba la ceja. La dentadura es una marca de identidad: por ella se puede identificar un cadáver con tanta fiabilidad como con las pruebas de ADN. La ortodoncia es rústica, de acuerdo, pero supone análisis. Tomar decisiones frente a una boca es, sobre todo, inferir consecuencias: los dientes responden a un orden cerrado. Es eso, así de claro: responden a un orden cerrado. Y a partir de esa idea entiendo todo: busco precisiones, rastreo sistemas causales. Por eso no pude olvidar lo que había visto en el mar. Se me quedó pegado a la memoria. A la mañana, después del hallazgo, me desperté temprano. Salté de la cama, cumplí mi rutina a las apuradas y corrí al lugar del avistaje.

Bajé del auto. El aire se me coló por el cuello y por instinto me levanté las solapas del saco. Atravesé un bosque de Cortaderas, usé una escalera de madera enclenque y pisé la arena. El sol me dio de lleno en la cara. Por primera vez en el día, sentí la desmesura de la intemperie. No había un alma en la playa. Di cuatro o cinco pasos. Levanté un caracol y me lo metí en la boca. Tenía gusto a sodio, a espacio abierto. Me acerqué al agua como olvidado de todo. Las olas, serenas; el mar, oscuro. Miré sin esperanzas, pero con la seguridad de estar haciendo lo correcto. A mi derecha, en la punta de un peñón, un pescador tiraba una línea. Notó que lo miraba y me saludó con un gesto. Era rubio, casi albino. La luz lo afectaba más que al común de los mortales. Especulé: ninguno de los dos, ese día, íbamos a encontrar lo que buscábamos. Hay momentos en que todo parece ser tan simple que asusta. Aquella vez, por ejemplo, di por sentado el sol sobre mi cabeza y el aire a mi alrededor. Así de sencillo. Mi jornada también era sencilla. No esperaba de mí más que reincidencia. Hay cosas que no se mueven, pero eso, es sabido, no se llama estabilidad sino inacción.

*

Tres minutos de realidad y me salvo, dije por decir algo y cerré los ojos. Los abrí y vi al pescador. Estaba con el pie contra una roca, las manos en la caña. Se le marcaban los tendones de los brazos por el esfuerzo. Antes de que él mismo lo esperara -hizo un gesto de sorpresa—, salió del agua una corvina plateada. Se agitó en el aire. El pescador dejó que el animal se cansara. Después, con delicadeza, como si acostara a un chico, lo apoyó sobre una piedra y sin transición le dio un pisotón para rematarlo.

Dejé de mirar, simplemente cambié de ángulo. Enfoqué el agua encrespada. Fue un rastreo sumario, casi distraído, pero distinguí algo. Y con toda claridad. Era la figura que había venido a buscar, del sobresalto me puse a toser. Se movía en un radio de tres metros después de la rompiente. Vi una anatomía robusta, femenina, absolutamente femenina, con escoriaciones en la zona dorsal, pero alargada y cimbreante. Sus movimientos eran delicadísimos, nadaba como si el agua fuera una parte de sí misma. Quedé fascinado. Iba y venía, en zigzag. Me impresionó su cuerpo, pero más la forma en que se desplazaba. El dinamismo, eso era. Me quedó muy claro. El dinamismo, digo, negaba rotundamente el instinto. Ese organismo obedecía a otra cosa, a algo

racional. Había un fin sensato que la hacía ir de acá para allá. Me dije que no podía ser, que había ideas a las que era mejor cortar de raíz.

Di unos pasos al frente. Miré el peñón: necesitaba testigos. El pescador limpiaba la corvina y en eso se le iba toda la atención. Justo en ese momento, una ola me cubrió los pies hasta la botamanga. Tuve que volver a casa a cambiarme. El trayecto se me hizo más largo que lo habitual, tardé el doble de tiempo en recorrerlo. Cuando apretaba los pedales, los zapatos, empapados, hacían ruido a succión.

Una noche me crucé con Bassett, el profesor de Tai Chi. Yo venía cargado con unas viandas que había comprado a un nuevo proveedor y apenas le presté atención, pero me pareció que me evitaba. Saludó con un gesto y bajó la cabeza, como si la situación lo incomodara y quisiera resolverla rápido. Le conté el episodio a Boi y le pregunté si sabía qué le pasaba a nuestro vecino. Me miró como si yo fuera un extraterrestre: Bassett tenía cáncer de páncreas, todos en el barrio estaban al tanto. Era evidente, había bajado quince kilos y tenía una palidez sepulcral. Los médicos se habían dado por vencidos, pero él, indiferente a todo, conservaba el humor e intentaba seguir haciendo su vida como si nada. Boi y Bassett se juntaban a jugar al go y a comer *bolinhos* de avena varias noches a la semana. Boi me dijo que Bassett tenía una enorme sensibilidad y una inteligencia fuera de lo común. Lo consideraba un ser extraordinario y lamentaba mucho lo que le estaba pasando.

La gente cree que Oriente y sabiduría son sinónimos. Esta convicción tranquiliza ciertos ánimos, pero la verdad es que el asunto no es tan así. Bassett, de hecho, con todo ese plus de artes marciales y espirituales que practicaba, llegó al final rogando por un adicional de morfina. Lo supe por Boi, que quedó impactadísimo con el detalle. Cada uno tiene sus costumbres, pensé. Y después: Al fin y al cabo, todos queremos más o menos lo mismo.

*

En ese entonces, Raisa estaba mucho mejor. Se trataba con un psiquiatra excéntrico, un tal Potocki. Combinaba antidepresivos con una complicada rutina de actividad física. A la mañana, caminaba cuarenta minutos, meditaba y cerraba el circuito con un kinesiólogo que le hacía shiatsu. El método me pareció una estafa desde el principio, pero tengo que reconocer que a ella le dio resultado. En poco tiempo, mejoró su ánimo. También, ganó tonicidad muscular. Y con esto transfiguró completamente sus movimientos: ahora era grácil y desenvuelta, atributos que, combinados, le dieron la sutileza de los ángeles. Además, empezó a preocuparse por su aspecto. Se pintaba las uñas de color guinda y experimentaba con su pelo, se lo cortó al rape. Este cambio le resaltó sobre todo los ojos, tan grandes y almendrados que parecían deformes.

El primer viernes del mes, me invitó a salir. El centro odontológico sería el punto de encuentro. Había reservado una mesa en un restaurant indio. Es sabido: el uso de ansiolíticos supone precauciones. Y Raisa, que siempre fue obediente, las cumplía al pie de la letra. No manejar era una de ellas. Ese día había tomado un ómnibus para venir al centro y ocurrió lo inesperado. Sufrió un incidente que la marcaría para siempre. Cuando entró en la ciudad, se le sentó un tipo al lado. Le pidió plata con un susurro, pero ella lo ignoró: la gente siempre le provocó aversión, y en este caso, además, el aspecto de su interlocutor lo justificaba. El muchacho, enloquecido de rabia, la insultó a los gritos y como Raisa seguía con la indiferencia, juntó saliva y la escupió en la cara. Después, se paró y bajó del ómnibus con toda tranquilidad. Ella se sintió terriblemente violentada y, como era de esperar, ninguno de los presentes le prestó la más mínima ayuda. Raisa se limpió la cara con la manga de la camisa y apretó los dientes. Me dijo que en ese momento la salvó el odio, que era algo que guardaba en el fondo de su alma y

que, de un segundo a otro, se transformó en el eje de su personalidad. Ese sentimiento, ahora, la constituía. Extraño pero real: un hecho completamente fortuito le develó el pilar que soportaría su vida. Ese día, entró a mi oficina, pálida y aturdida, pero con una enorme fijeza en los ojos, ya no había nada en el mundo que pudiera detenerla.

Había un odontólogo -hacía endodoncia- que me hacía acordar a mi padre de joven. No había cumplido los cuarenta años, pero la barba canosa le agregaba edad. Era el único de mis reportes que me daba problemas: llegaba tarde y los pacientes se quejaban por la espera. Yo había asociado su cara con alguna experiencia de mi infancia y me resultaba imposible marcarle los límites. Medía un metro noventa y tenía las cejas tan parejas que parecían dibujadas. Un lunes, se retrasó tres horas y fue la gota que rebalsó el vaso. Me puse firme: pedí que suspendieran los turnos. El tipo llegó agitado, con los anteojos de sol calzados en la cabeza. Lo recibí en la entrada del instituto, lo llevé a mi oficina -le rocé el hombro para mostrarle el camino-, y le pedí que por favor no viniera nunca más a trabajar. El endodoncista abrió la boca -apenas despegó los labios- en una sonrisita irónica. Esperaba ese momento: los últimos meses no había hecho otra cosa más que preparar esa escena. Persona difícil, se movía en zigzag. Se paró, se rascó la pera y caminó despacio hasta la puerta. Esos cuatro pasos fueron lo más real de la situación o, mejor dicho, de toda la relación que mantuve con él. En su andar había algo inestable. Daba la impresión de que no apoyaba del todo los pies en la tierra. Y en ese bamboleo, en ese pasar el peso de una pierna a la otra, había una imputación, con ese movimiento, de alguna manera, responsabilizaba al mundo por su fracaso personal. Algo de eso noté siempre en mi padre. Aquel detalle, mucho más que el parecido físico, los volvía ejemplares de la misma especie.

*

La última vez que estuve con mi papá fue en Buenos Aires. Había ido a hacer un trámite y se quedó en mi casa. Hacía una década que no estábamos solos uno con el otro. La primera noche fuimos a una parrilla y pedimos una tabla de achuras. A los dos nos afectó la demora, más por ansiedad que por hambre. Salí a fumar a la calle; él se quedó en la mesa con el vino.

Al día siguiente, quebrando hábitos, visitamos una muestra de arte: tapices medievales. Había uno de un unicornio en un corral. Tenía el cuerno largo y estaba parado en dos patas. Parecía asustado por algo que solamente él percibía. El bosque, alrededor, era un verdor cerrado. Después, nos metimos en un bar de Plaza Francia y nos tomamos una copa. Él se puso a hablar del tapiz como si fuera un especialista. Dijo que la maldad dominaba el mundo y que, bien mirada, era más genuina que la bondad: se le había destrabado la lengua. Me dio la impresión de que hablar de esa forma era muestra de que se sentía cómodo conmigo. Tomamos cerveza, vodka con naranja y shots de gin. Antes de irnos, fue al baño. Cuando volvió, estaba pálido como un muerto. Me dijo que se sentía mal y que quería caminar un rato. Frente al Palais de Glace se descompuso, pero se negó a tomar un taxi. Caminemos, carajo, gritó. Anduvimos tres cuadras y la cosa empeoró. Esa noche no hubo forma de descansar. A la mañana, tomamos té con limón y le di Sertal en cápsulas. Después, como si no hubiera pasado nada, se enfrascó en una charla telefónica con mi hermana. Antes del mediodía se fue a Once a comprar ropa. Apareció con una planta de regalo y dijo que había adelantado la vuelta. Nuestra comunicación, en adelante, se hizo más esporádica de lo que ya era y poco comprometida. Intercambiábamos saludos de cortesía y cuando no sabíamos qué más decir, cortábamos. Hace poco, me enteré por mi hermana

que andaba con problemas para dormir: se despertaba a la madrugada y no volvía a conciliar el sueño. También supe que había empezado un curso de italiano en un instituto, pero que había decidido largarlo porque tenía problemas con la gramática.

Potocki era un mentiroso profesional. Todo lo que decía resistía las dudas y las repreguntas. Se movía en el lenguaje como pez en el agua. No tenía vicios de comunicación o, al revés, entendía la comunicación como un vicio. Su plan terapéutico era una suma de lugares comunes, pero el convencimiento a la hora de la prescripción lo volvía infalible. Usaba camisas al cuerpo, patillas recortadas y pantalones de poplin. Su lengua materna, el portugués, era impecable con un detalle -cierto defecto al pronunciar las fricativas- que la volvía extraña, hablaba como un extranjero que no termina de acostumbrarse al idioma. Su destreza era única: preveía las reacciones humanas. Al menos, eso parecía. Actuaba desapegado de las emociones. Era el mejor de los farsantes porque contaba con la firmeza de los justos.

En dos oportunidades acompañé a Raisa a la consulta. Ella salía con un brillo de emoción en los ojos. Potocki hacía ajustes al tratamiento: la cantidad de miligramos de una droga, un detalle en la dieta, algún consejo práctico. Por lo general, sugería nuevos hábitos. A Raisa le recomendó que adoptara una mascota. Le dijo que el cariño de un animal le bajaría el estrés, la presión arterial y la frecuencia cardíaca.

*

Un sábado a la mañana subimos al Morro de Lesmes. Boi había recomendado un criadero de perros de un tal Semblano. Nos atendió él en persona: dentadura postiza muy pareja, ojos irritados. Daba la sensación de que acababa de salir de un ataque de asma. Raisa le dijo que quería un perro chico, un caniche o algo parecido. Semblano la escuchó con atención; después, hizo preguntas sobre detalles físicos: tipo de pelo, color, forma del hocico. Cuando tuvo en claro el concepto, nos pidió que lo esperáramos. Se internó por un largo pasillo de jaulas con perros y gatos. Volvió con un bicho grande. Lo traía pegado a la pierna con un collar de ahorque. Pensamos que se había vuelto loco: el animal no tenía nada que ver con lo que Raisa le había pedido. Era un cimarrón de orejas cortas y pupilas dilatadas. Estaba en completo estado de alerta. Ante cualquier movimiento, ladraba. Se lo veía nervioso: temblaba como si recibiera descargas eléctricas. Pero Semblano, al igual que Potocki, era tremendamente persuasivo y ni Raisa ni yo tuvimos ganas de discutir. Pagamos lo convenido -una fortuna- y cargamos el animal al auto.

En la *fazenda*, el perro parecía un lobo. Iba y venía a toda velocidad. Corría por el parque y aterrorizaba a todo el mundo. Dentro de la casa, destrozó lo que encontró a su paso: zapatos, muebles, almohadones y electrodomésticos. Una madrugada agarró un pájaro grande, una especie de guacamayo de plumaje azul oscuro, y lo sacudió hasta matarlo. Después lo destrozó y en el proceso se clavó un hueso en el paladar. Hubo que sedarlo para darle atención. Lo operaron. Cuando se repuso, se volvió el doble de agresivo. De todas maneras, Raisa decía que lo amaba y que le había cambiado la vida. Lo llamaba Caimán y no había nombre en el mundo que lo definiera mejor.

El analgésico que tomaba por las secuelas del accidente tenía un millón de secundarismos. El neurólogo me pidió paciencia. Me dijo que el tratamiento sería llevadero después de un tiempo. Pero no fue así. Una mañana, me mareé en la máquina de fitness, me caí y casi me rompo la cabeza. No hice reclamos, elegí el camino más fácil: cambié de médico. En la primera visita, me recetó un bloqueador nervioso. Además, recomendó acupuntura y fisioterapia. El tratamiento era bueno, pero las indisposiciones siguieron. Tenía que andar siempre con Dramamine encima por si me atacaba el vértigo.

En aquel momento, por primera vez en mi vida, intenté dejar el cigarrillo. Veinte días de locura. La abstinencia fue de verdad atroz. Hice de todo: parches de nicotina, toneladas de caramelos ácidos, ansiolíticos. En ese lapso, literalmente, cambié de personalidad. Me convertí en otro muy distinto del que era. De lo contrario, no se justificarían algunas actitudes un tanto irracionales que tuve con la gente. En el trabajo, por ejemplo, discutí con un colega; en un momento, la disputa se puso tan violenta que le di un empujón en el pecho y el tipo terminó en el piso. Otra vez, me metí en un cajero automático frente a la Escola Municipal. Delante de mí había una vieja decrepita con olor a bencina. Estuvo frente a la máquina hasta que, de pronto, injustificadamente, se dio media vuelta y salió del banco. La operación quedó a medio procesar y aproveché el descuido: entré a su cuenta y extraje dinero hasta el límite. Después, me metí a curiosear en una casa de artículos deportivos. La plata que tenía en el bolsillo me ayudó a decidirme. Compré unos hermosos largavistas alemanes de ajuste múltiple. Robustos, de diseño compacto. Los probé en casa. Me puse a observar pájaros en la copa de los árboles: nidos, disputas territoriales, vuelos rasantes. Nada que no fuera conocido, pero la cercanía, el hecho de estar encima de la escena, me daba una enorme sensación de familiaridad.

Con mis flamantes binoculares, me fui al lugar del avistamiento. Me quedé un rato largo mirando el mar. Quería divisar al animal que me tenía intrigado. Investigarlo, conocerlo de cerca. Compré medio kilo de helado y no me distraje ni un segundo: mis ojos clavados en las olas. A las dos horas, me empezó a doler el cuello -la fijeza de la posición terminó en contractura- y me pregunté en qué había fallado. Por lo general, asocio frustración con culpa.

No tenía dudas de que esa vez iba a aparecer esa insólita hembra marina que me tenía obsesionado; es más, estaba convencido de que me correspondía verla. Sin embargo, no se mostró y viví el hecho, perfectamente factible, como una injusticia. Me desabroché el botón del cuello de la camisa, me desajusté la corbata y pensé que tenía que tomarme las cosas con más calma. El mar, de golpe, se agitó como si un terremoto sacudiera el fondo. Era la hora, algo regular: los caprichos de la marea. Flujo y reflujo. En el horizonte, se abría un espléndido cielo de cobre. La claridad se mezclaba con la sombra, luz y penumbra lluviosa en un solo matiz. Me quedé sin hacer nada, sentado en el auto, aspirando el olor a plástico de la cabina. Indolente, sin mover un músculo, pensando obsesivamente en fumar.

*

Para despejarme, fui a Bellussi. Pedí una Heineken y me dejé el saco puesto. El

acondicionador de aire disparaba un frío exagerado. Comí un snack con pasta de aceitunas y crostones de queso. A mi izquierda, una mujer joven hacía girar un cubo de hielo en su copa. Dos líneas de tensión le enmarcaban los labios y la hacían ver fuerte, determinada. Igual que yo, estaba helada por el split y se quejó con el barman en un portugués que parecía cantado.

El tipo, nuez de Adán marcada, le respondió: No me encargo de la temperatura. Así dijo: No me encargo de la temperatura. La mujer clavó los ojos en la venda de neoprene que el barman tenía en la muñeca derecha, y de pronto, como si me conociera, hizo un comentario sobre la mala atención. Maureen se llamaba. Había nacido en un pequeño puerto escocés. Le pregunté cómo era el lugar y me habló de una topadora abandonada que se veía desde la ventana de su cocina. En la puerta del bar, extendió una mano lánguida para despedirse y se fue. Quedé medio confundido con su repentina distancia. Pensé que, conocidos o no, nunca sabemos nada de aquellos que nos rodean.

Llegar a la cama: dormir, olvidarme. Eso quería: dormir, olvidarme. En el aire, la humedad de la selva. Escuché ranas. Escuché también animales de tierra, grillos, pero sobre todo, ranas. Me quedé dormido. Profundamente. Y soñé algo rarísimo: un animal, una nutria enorme, me hablaba. Decía cosas de mi hermana, de su matrimonio. Nombraba al marido, a mis sobrinos. Los nombraba y movía la cabeza. Yo la miraba aturdido. No sabía qué decir. Lo extraño era que de un momento a otro entendía que esa nutria era dios. Entonces empezaba a escucharla con mayor atención, hasta que de golpe no podía más: el instinto, literalmente, me dominaba. Saltaba sobre ella y la desgarraba con los dientes. Me la comía viva con tres o cuatro dentelladas secas. En medio de esa escena grotesca, me desperté. Estaba asqueado. Me limpié la boca con el canto de la mano y tuve la sensación de que, por primera vez en mi vida, experimentaba verdaderamente el hambre.

Raisa volvió a tocar el piano regularmente. Ese hecho se asoció a la mejora de su ánimo. Cuando se sintió cómoda con el sonido, llamó a su agente, una persona que siempre permaneció borrosa para mí, y le pidió que le gestionara conciertos en Buenos Aires. Las cosas se dieron con una facilidad asombrosa. Consiguió dos recitales en el salón Udaondo del Mozarteum. El programa era exigente, pero había tiempo suficiente para prepararlo. Tenía que tocar una obra de Luigi Dallapiccola, los *Tres poemas para piano* de Ravel y cerrar con Liszt, *La predicación de San Francisco a los pájaros*.

Cuando ensayaba, Raisa era rigurosa. Se levantaba temprano, desayunaba fuerte -avena con leche, frutas y jamón York- y se ponía a estudiar hasta la una del mediodía. No por eso abandonó el ejercicio prescripto por Potocki. Lo cumplía después de un almuerzo liviano. A la noche, por lo general, nos juntábamos en su casa a mirar películas. Una vez, me dijo que había hecho borsch con una receta ucraniana. Era miércoles. Yo había trabajado el día entero. Salí del consultorio y le compré un ramo de bromelias. Cuando entré a su casa, con las flores y algunos víveres, pasó algo que yo había presentado desde el comienzo: el perro se me vino encima. No llegó a lastimarme porque alcancé a cubrirme la cara con los brazos, pero me rasguñó un poco el derecho. No sé cómo conseguí librarme. Retrocedí tres pasos y me defendí con lo primero que encontré, un tótem tallado en madera. Le di dos golpes, uno en el hocico y el otro en la cabeza, pero pareció no sentirlos; al contrario, lo enfurecieron todavía más. En ese momento, apareció Raisa. Lanzó un grito -nunca en mi vida había escuchado uno igual- que paralizó al perro al instante. Enseguida, me arrebató el tótem y se puso a pegarle al bicho hasta que se cansó. Después lo arrastró al jardín y cerró la puerta con violencia. Me desinfectó el arañazo con yodo y lo cubrió con una venda ligera. Había comprado esas cosas cuando Caimán llegó a la casa. No me lo dijo, pero era evidente: se movía en un universo de sobreentendidos y, en esos momentos más que en otros, disfrutaba fingiendo confusión o ingenuidad.

*

Me sirvió borsch en un bol de cerámica y nos sentamos en el sillón del living. Me habló de Dallapiccola. Estaba entusiasmada con sus partitas, pero sobre todo con el sonido de su propio piano. Sentía que la música era una puerta a la salud. Me lo dijo con esas palabras. Volver a los hábitos la tenía contenta: cocinar o ir a exposiciones de arte, por ejemplo. Hacía poco había visitado una muestra de Egon Schiele y de casualidad había conocido a un escritor californiano. Su comentario me tomó por sorpresa y sentí unos celos injustificados. Disimulé mi estado y me paré como si necesitara algo urgente. Fui a la cocina a buscar servilletas. El perro me miró con resentimiento a través de una puerta vidriada. Tenía los ojos fijos y las orejas erguidas. Me invadió un terror sobrenatural, ese animal encarnaba al diablo. Cuanto antes, volví junto a Raisa que, como no podía ser de otra manera, retomó el tema del californiano. Escribía historias sobre vidas que él no había vivido y que jamás podría vivir; vidas que consideraba perdidas y por las que, de alguna manera, sentía nostalgia. Me pareció una estupidez total, pero asentí en silencio como si me contara algo interesante.

Al rato, trajo una fuente de cerezas. Las comimos despacio, con dos o tres mordidas, y dejamos los carozos sobre un posavasos. Volvimos al tema de la música. Estaba preocupada por recuperar su digitación. Constantemente movía los dedos, hacía escalas en el aire como si tocara un piano invisible. El pelo le había crecido de una manera desordenada, le caía desde el medio de la cabeza y se abría en un delta de mechones que le cubrían la frente. Ese detalle la retrotraía a otro tiempo. Era dos versiones de la misma persona, tan segura como vulnerable. Ese aspecto, creo, fue lo que más me sedujo de ella; en otras palabras, el gatillo que me llevó a la acción. Sin pensarlo, tomé su cara entre mis manos -el índice y el pulgar enmarcándole el mentón- y le di un largo beso. Después, ella, para poner una pausa, agarró el celular y, con un movimiento automático, se puso a revisar mensajes. De golpe, de un segundo a otro, se le fue completamente el color de la cara. Tenía tres llamadas perdidas. Eran de Luiz. Además, le había grabado un mensaje. Estaba en la ciudad. Quería hablar con ella, unas pocas palabras, algo relacionado con su salud. Dictaba un número que Raisal anotó en el reverso de un volante de fumigaciones. Nos quedamos callados. Habíamos borrado a Luiz de nuestras vidas. Ahora reaparecía desde un lugar más lejano que el pasado. Repentinamente, entendí lo que significaba esa vuelta. La angustia hizo que toda la sangre se me enfriara. Raisal, en cambio, había elegido un punto en el aire por encima de mi hombro. Lo miraba fijo y se mordía el canto de las uñas. Movía apenas los labios. Murmuraba cosas en voz tan baja que no se alcanzaba a distinguir una palabra de otra.

La muerte de Bassett por poco destruye a Boi. Bajó a cero el entusiasmo y la fluidez para hablar, dos rasgos que siempre lo habían distinguido. Algo oscuro que se movía en espiral lo tomó por completo. Hizo un enorme esfuerzo para recuperarse. Lo que más lo afectaba era la alteración del sueño. Se acostaba y no se podía dormir. Pasaba la noche entera sin pegar un ojo. Recién con la primera luz, lo vencía el cansancio. Y cuando sonaba el despertador, no tenía fuerzas para salir de la cama. Cambió la dieta -mucho agua, fruta, legumbres- y trató de negar su estado hasta donde le fue posible. Incluso, sacó un pasaje a las Canarias para que su tabla Firewire conjurara la amargura, pero no hubo caso, canceló el viaje tres días antes de la partida. El desánimo lo abrumaba. De todas formas, no tomó, como le habían sugerido, licencia en el laboratorio. Cuestión de adrenalina, dijo. El vértigo, esa pelea a brazo partido por los asuntos corporativos, lo mantenía a flote.

*

Un día lo invité a entrenar. No fue por solidaridad ante su estado, quería demostrar mi superioridad física: siempre le había tenido un poco de envidia. Imaginé que la tristeza le había afectado el rendimiento. Llegó con unas flamantes Nike de goma eva para amortiguar el impacto de la marcha. Me imaginé dueño de esas zapatillas. Trotaba en una mañana límpida por un sendero arbolado, pero me retracté enseguida: no soy ese tipo de deportista, con remeras de tejido absorbente y pulsómetro. Un tema de autopercepción. Lo mío es más improvisado. Además, y por sobre todas las cosas, soy un nadador. Así me gusta pensarme.

Trotamos por el condominio. Dimos un par de vueltas por las sendas laterales y atravesamos el vallado perimetral. Vimos un descampado. Después, un bosque de plátanos. El suelo estaba despejado, casi sin follaje. En cada pisada, se sentía la consistencia de la tierra, un fondo fértil de humus. El aire estaba saturado de humedad. Había olor a musgo y a romero. En ese lugar, noté que la respiración de Boi se volvía pesada y que escupía a cada rato. Le pregunté si quería detenerse pero negó con la cabeza. Estoy cambiando el aire, me dijo. Pensé que sostenía la marcha por orgullo. No había forma de que sus pulmones lo acompañaran tanto tiempo. Al rato regularizó el pulso y recuperó energía. Terminé forzando las piernas para seguirle el ritmo.

*

Cuando nos internamos en el bosque, unos nubarrones negros se amontonaron en el horizonte. De un momento a otro, empezó a tronar y el cielo se puso bajo y estrecho. La luz cambió por completo: gris amarilla. Entonces, fuimos prudentes, regresamos para evitar problemas, pero cuando dimos la vuelta, con un ritmo más bien relajado, empezaron a caer unos goterones pesados que arrancaban las hojas de cuajo. Tomamos una decisión repentina: dejar que el aguacero nos empape.

En el condominio, embarrados y felices, nos abrazamos con la seguridad de que el remojón

auguraba buenas cosas. Boi se hizo el gracioso: agradeció al cielo a los gritos con los brazos en alto. Después se metió en su casa, y unos minutos más tarde, yo en la mía. Pero estaba tan excitado que ni siquiera me bañé. Me calcé una parka sobre la remera transpirada y metí los binoculares en una mochila. Así equipado me subí al auto. Imaginé que el mar estaría revuelto por la tormenta y que esta circunstancia beneficiaría mis propósitos. Cuando llegué a la playa, había escampado. Corrí a la orilla como si me esperara algo insólito, un presentimiento me aceleraba el pulso. Desenfundé los largavistas y estudié el horizonte.

El corazón me dio un salto. De inmediato vi al pez hembra en todo su esplendor. Se irguió como un delfín, la cola rozando el agua. Dio un rodeo y se volvió a hundir. Vadeó la corriente con una curva elegante. Atravesaba las olas por los valles, eludía las crestas. Después, se perdía y volvía a aparecer. Se me acercaba, de eso no había duda. Antes de la rompiente se detuvo. Giró en redondo, tomó envión y saltó. Todo su cuerpo quedó en el aire. Era de un color impreciso, entre gris azulado y blanco. En la zona dorsal, las escamas confluían hacia la cola. Se desflecaban, formaban algo que parecía una melena rubia. A diferencia del resto de los peces, la cabeza se unía al tronco a través de un cuello corto pero flexible. Esta extensión le permitía un ángulo de giro de ciento ochenta grados. Miraba para los lados como si temiera un ataque.

Ajusté el foco de los binoculares. Quería verla bien. Distinguí un brillo en sus ojos. Y ese detalle, tan desestimable, tan nimio, me llevó a confirmar, sin ninguna otra evidencia, que me reconocía. Dio tres vueltas a veinte metros de la costa. Enseguida, como si alguien la llamara, giró sobre sí misma y se perdió en el mar.

Una misma cosa te puede salvar o mandarte de cabeza al infierno. Mi padre estaba desarmando la casa familiar. Había decidido mudarse a un lugar más chico y quería sacarse cosas de encima. Una tarde recibí un paquete por correo. Eran tres acuarelas que mi madre había pintado durante un largo verano. El mismo paisaje: un campo después de una tormenta. Los árboles, casi sin ninguna hoja, raquíticos, oscurecidos por la humedad; la tierra, con matas de yuyos desperdigados, plagada de charcos. Mi madre no era artista, tenía problemas con los pesos visuales y los ejes de la imagen, pero su relación con la luz era única. En las acuarelas, el resplandor del paisaje nacía de las cosas, era un halo que ondulaba y generaba una atmósfera extraña. Por accidente, no por elección, reproducía un fulgor parecido a la fiebre. Acomodé los cuadros sobre un sillón y me senté a mirarlos. Estuve un rato así. Ninguno de los tres valía gran cosa, pero de todas formas tenían un efecto hipnótico. No podía quitarles los ojos de encima. Más que copias de lo real, representaban emociones. Una languidez extraña se esparcía sobre la tela, y, al poco tiempo, pasaba al observador. Ese era el impacto. Ver esos cuadros producía un cambio en el ánimo.

*

En ese estado fui a la reunión con Luiz. Raisa me pidió que la acompañara. Había elegido un bar clásico en una esquina céntrica. Estaba aterrada por el encuentro. No sabía con qué versión de su ex pareja se iba a encontrar. Tampoco qué le quería plantear. Yo, que estaba sensible, me alineé enseguida con su malestar. Compré cigarrillos. De un segundo para otro no pude más, quebré mi abstinencia y volví al vicio. De inmediato sentí el alivio del tabaco, la aspereza que baja por el esófago y calma. También un agradable mareo, que empezó como un cosquilleo en la frente y terminó en los brazos.

Luiz estaba flaquísimo, pesaba menos que el aire. Tenía la piel gruesa y oscurecida. Hablaba fluido, pero su cara estaba cerrada por un gesto de silencio. Al vernos contrajo el ceño y lo mantuvo así durante toda la charla. Todo lo hacía con serenidad, casi con apatía. Tomaba el descafeinado y entrecerraba sus grandes ojos de novillo. Cada tanto se llevaba la mano al pecho como si controlara los latidos de su corazón. Estaba vestido con un traje de la década del 50 y zapatos abotinados, era un Bowie carcomido por la intemperie. Más que fuera de época, parecía fuera del tiempo.

*

El encuentro no duró casi nada. Raisa dijo que tenía un compromiso y eso apuró las cosas. Luiz contrajo el mentón y se puso a hablar con un aire distraído, como si estuviera contando la historia de otra persona. Se había dejado convertir por la selva. Quería que nos comprometiéramos a administrarle una renta. Eso dijo. Su meta era el crecimiento espiritual y para eso tenía que librarse de la maraña de compromisos laborales. No pensar en las cosas de la

subsistencia, dijo. No pensar, repitió. Con Raisal nos miramos desconfiados. Nada de lo que planteaba nos parecía atinado. En ese momento, una presión me cruzó las sienes. Vi las estrellas. Pensé en mi nuevo neurólogo, en el tratamiento, en la vuelta al tabaco. Raisal me preguntó si me sentía bien. Dije que sí con la cabeza y como pude, procuré subirme al ritmo de la charla. Luiz hablaba de la limpieza. Empezó a encadenar hipótesis delirantes hasta que, de pronto, dijo algo verdaderamente insólito: quería castrarse para evitar distracciones. Le pedí que lo repitiera. Castrarse para evitar distracciones. Había dos alternativas: la química y la quirúrgica. Él optaba por la segunda. Otra vez, la simplificación. Quería suprimir aquello que lo alejara de algo que llamaba “estado primordial”. La multiplicidad de la selva lo obligaba a replegarse. Amputarse los genitales suponía una sofisticación del pensamiento. No se trataba de elegir la castidad por pureza, sino por necesidades de orden práctico, actitud similar a la de los castrati, que lo hacían para conservar el registro de la voz. Ahora Luiz, por lo que entendí, era una especie de chamán de los yanomamis y tenía la facultad de modificar la percepción colectiva de la realidad. Su responsabilidad, en consecuencia, era enorme y por eso había decidido cumplir el rito, como él decía. Nos quedamos pasmados. Luiz comentó que no esperaba que lo entiéramos, agregó que, de hecho, la etnia a la que pertenecía no aprobaba esa práctica. Son decisiones de la trascendencia y estoy completamente decidido a asumir el costo, comentó.

El amor no existe, dijo Raisal y me pidió que la llevara a la *fazenda*. Yo repliqué en automático: Este tipo está completamente loco. Caminamos juntos, en silencio. La miré de soslayo y me pareció que los bordes de su figura eran irregulares, como si fuera un dibujo mal hecho. En el aire pesaba un fuerte olor a podrido. La marea, comenté. Subimos al auto y quise abrazarla, pero ella se retrajo. Al rato se puso a llorar. Se le deformó la cara y soltó una larga queja parecida a un aullido.

Boi no volvió a correr. Cada vez que lo invitaba me daba la misma excusa: *Minhas articulações doem*, decía. Honrando la memoria de Bassett, empezó a practicar yoga. Su maestro, un tal Swami V, había sido discípulo de Baba Ramdev. Según me contaba, tenía una técnica llamativa: en pocas sesiones los alumnos apagaban su dualidad con un par de asanas elementales. Además, Swami V vendía un kit de cuidado personal que, por supuesto, mi vecino compró. Lo que más usaba era un aceite esencial que servía como antidepresivo, pero también como diurético y expectorante. Al principio, me desalentó la indiferencia de Boi, la viví como una traición. Estuve una semana desanimado, sin saber bien qué hacer, pero un martes, en que la odontología se me reveló como la mayor de las estupideces, pensé que no estaba haciendo las cosas bien y retomé la natación.

Entré al agua y me sentí en mi medio. Recordé la cara refinadísima de Del Vecchio cuando estaba en el ataúd. La imagen de mi maestro muerto con esas arrugas magníficas en torno a los ojos, marcas de trazo limpio, me sirvió como motivación. Igual que cuando tenía diez años, a la octava brazada de crol, mi cuerpo entró en un limbo. El impulso de mis pies enormes me volvía grácil. Nadar era perderse en un laberinto. No evocaba vivencias de la niñez sino algo más complejo, y en ese estado, la confusión de la vida, con su uña perturbadora, resultaba tolerable. Y, la verdad, es que eso no es poco decir. Los movimientos repetidos -brazos, cabeza, piernas y abdomen- fundaban una espiral de bienestar. En esa zona de consonancia, el mal era involuntario; su naturaleza, en todos los casos, tenía que ver con el defecto.

*

La segunda vez que fui a nadar, me sentí un coloso. Salí de la pileta y me di una ducha. Entré a un bar que quedaba frente al natatorio. Tenía un patio con tres macetas. Era un lugar ideal para fumar; sin embargo, por primera vez en mi vida le sentí asco al tabaco. Pedí un café corto y me lo sirvieron con tres *amarettis*. Mientras comía, me entretuve con una pantalla que colgaba de un soporte: dos tipos levantaban una plancha de chapa pesadísima. Parecían bueyes. No me hubiera asombrado verlos tirar de un arado. En un momento, se sentaron a descansar sobre unas tablas y le hablaron a la cámara. Por fortuna, el volumen estaba bajo. Tendrían cuarenta años, pero parecían muchachos. Pensé que algunas personas mantienen la misma figura desde la adolescencia hasta la vejez. En ese momento, la luz del sol empezaba a retirarse. Le mandé un mensaje a Raisa. Quería hablar sobre el tema de Luiz y de paso invitarla a comer. Nada. La llamé. No respondió.

Volví a casa. Encendí la radio del auto y manejé muy tranquilo. Tenía ganas de llegar y tirarme en la cama, pero, sin saber por qué, cuando pasé por la playa del avistamiento, me detuve. La noche estaba serena y había buena luna, aun así, no tenía muchas expectativas. Estaba relajado por el deporte, con un leve adormecimiento en los hombros. Caminé, distraído, hasta la orilla. El frescor del mar llegaba en ráfagas que cada tanto me envolvían. Estaba disfrutando del momento cuando, de repente, a mi derecha, noté una presencia. Se movía entre las olas bajas. Divisé un bulto, una forma vaga parecida a una foca, pero después de unos segundos, la claridad

de la noche hizo que distinguiera lo que de verdad era. La criatura estaba en una zona de baja profundidad: apoyaba la zona ventral en el fondo. Me acerqué despacio, no quería ahuyentarla. Cuando estaba a no más de siete metros, me frenó un vaho a mariscos. No era un simple olor, sino más bien algo cuya consistencia cambiaba la naturaleza del aire. Me repuse y avancé tres pasos. La vi de cerca. Su cara no tenía escamas, estaba cubierta por una piel brillante y remataba en un mentón triangular. Tenía la boca tuberosa y rosada, y sus labios eran finos como los de algunos animales de tierra. Era claro que no tenía paz, estaba en constante cambio. Pasaba de la sobriedad al desenfreno y del desenfreno a la sobriedad. Su cuerpo giraba y en cada vuelta que daba retomaba un ritmo de vacíos y tensiones. Verla de cerca era como estar alucinando. Por eso me quedé petrificado, sin reacción. Ella levantó su cabeza plateada y la agitó como si negara. Se movía con una enorme libertad, esa era su tendencia: pasaba de un modo de existir a otro sin afectación. Tenía los párpados gruesos y le cubrían la mitad de los ojos, que eran grises, hundidos y completamente fijos. En un momento, agitó la aleta caudal y ese meneo, lo supe bien, fue una muestra de sociabilidad. Tuve el impulso de avanzar, darle la cara, pero el terror me lo impidió. Compartíamos el espacio, pero ella miraba desde otro mundo. Ese miedo mío fue, sin duda, lo que provocó que de golpe se volviera agresiva. Repentinamente, recorrió la distancia que nos separaba, tomó impulso con la cola, dio un salto y clavó sus dientes, que eran triangulares y finos, en mi brazo derecho. El ataque fue inesperado, casual en algún punto, pero no embistió para intimidar o dar aviso, atropelló para matar. Y aunque suene contradictorio, esta franqueza, esta falta de dobleces, me llenó de confianza. Apreté la herida con la mano y atenué la hemorragia. Loco de espanto escapé hacia el auto. En lo más alto de la playa, me detuve y miré la costa. Ella todavía estaba ahí: la luna recortaba su silueta. No sentía dolor -quizás porque había entrado en shock-, entonces pude observarla con cierta calma. Descansaba con las aletas desplegadas y la cabeza sobre la arena. Así, lastimado, con la camisa ensangrentada, la miré y sentí, con cierta vanidad, que mi herida era una recompensa, una verdadera recompensa. Ese desgarró brutal constituía, en cierta forma, un signo que nos mantendría unidos para siempre.

Luiz era un campo de batalla en el que se enfrentaban el presente y el pasado. Llegó a la ciudad y en menos de una semana recuperó el interés por la empresa; además, la odontología lo volvió a cautivar. De hecho, se quedó una mañana entera en la clínica. Participó de una cirugía dentoalveolar, controló planillas de asistencia y tomó café de la máquina expendedora. Se movía con contradicciones extremas: hombre de negocios y asceta. Eran sus habilidades y las alternaba con destreza.

Un día me preguntó sobre la herida en el brazo y le dije que había tenido un accidente doméstico. Luiz, estoy seguro, intuyó el engaño. A pesar de eso o quizás por esa razón, me invitó a almorzar. Fuimos al lugar de siempre: la terraza del hotel de lujo. Él, fiel a sí mismo, pidió *frango* con frijoles y agarró la presa con las manos. De golpe, estaba tan incorporado a la vida de siempre, que me resultó increíble su historia de la selva, el chamanismo y la castración. Pedimos postre, *paçoca de amendoim*, y nos quedamos un buen rato haciendo sobremesa. Algunas cosas pasan inadvertidas en ciertos momentos y resultan evidentes en otros: Luiz tenía un tatuaje en la mano derecha y yo recién lo notaba. Era una espiral de dos entradas. Le pregunté qué significaba. Abrió los dedos y se puso a observarlo. Después hizo un gesto de recelo y no dijo nada más.

En el auto comentó, como al pasar, que finalmente había optado por la castración química. Un conocido le conseguía la droga. La logística suponía rigurosa clandestinidad y la cooperación de un abogado: el tratamiento requería aprobación de un juez y, en la mayoría de los casos, había sido aplicado como sanción de delitos sexuales. El producto -una terapia hormonal- tenía aparentemente alta efectividad y escasos efectos adversos. Disminuía los niveles de andrógenos en sangre y de esta forma extinguía la testosterona. Hice un intento por disuadirlo, pero estaba completamente decidido. El procedimiento consistía en seis inyecciones. Me comprometí a acompañarlo a la primera aplicación. Agradeció con la mirada. En aquel momento, la vitalidad se le concentraba en la cara, la quietud de su cuerpo era absoluta.

*

A la noche, nos juntamos en la *fazenda*. Raisia había preparado *moqueca de camarão*. Tuve que pasar a buscar a Luiz por el hotel. Bajó vestido con una babucha fina, era una pieza rectangular de tela rústica que llevaba enrollada en la cintura y que se unía pasándola por entre las piernas. Lo combinaba con una remera blanca impecable. Mostraba con orgullo su piel curtida por la intemperie. Llevaba el pelo largo y volcado hacia la derecha.

Lo primero que vi, cuando llegamos a la *fazenda*, me tranquilizó: el perro estaba encerrado en una jaula. Hicimos contacto visual y otra vez me miró con resentimiento. Clavó sus ojos de carnicero y se refregó el lomo contra los barrotes. No ladraba, rugía. La reclusión había asentado su tendencia asesina: cada centímetro de su organismo estaba abocado al daño.

La cena fue distendida. Comimos la *moqueca* con cucharas de alpaca y tomamos vino rosado. Afuera, la noche se multiplicaba en el ruido de los bichos. Vivimos un momento único:

el aire de cofradía borraba las ofensas del pasado e, incluso, el propio pasado. Estábamos juntos y felices. Repentinamente, éramos generosos, no nos cabían en la cabeza conjuras ni traiciones. Durante el postre, sonó el teléfono de línea. Nadie le prestó la menor atención. Al tercer intento, Raisa se levantó y atendió de mala gana. Buscaban a Luiz, que se acercó al teléfono completamente intrigado: ¿quién lo podía rastrear de esa forma? Cuando volvió a la mesa traía noticias importantes. Lo había llamado un castrador, era conocido de un conocido y estaba al tanto de lo que él necesitaba. No era médico ni estaba colegiado, pero hacía trabajos para trans que querían cambiar de sexo. El tipo aclaró que la cirugía era simple pero riesgosa, y que, si todo salía bien, la única consecuencia evidente sería una ligera redistribución de la grasa corporal. Aconsejaba remover los testículos, la amputación del pene agregaría demasiado riesgo al proceso. Informó sus honorarios, una locura de plata, pero Luiz no discutió un peso y estuvo de acuerdo en todo. Después de arreglar con el anestesista, fijaron fecha: la cirugía se haría la semana siguiente. El quirófano funcionaba en el subsuelo de un hotel que -enorme casualidad- quedaba a cinco minutos de mi condominio.

Meter la llave en la cerradura y descomponer el mecanismo. Quedarse del lado de afuera sin poder abrir la puerta. Tuve esa sensación cuando me desperté. Había soñado algo rarísimo: alguien nombraba los huesos humanos y yo tenía que memorizarlos, de eso dependía mi vida. No lograba retener nada, la situación era profundamente angustiante. Uno de los nombres, escápula, se imponía y desplazaba a los demás. Abrí los ojos y prendí la luz: las cuatro de la mañana. Di vueltas en la cama para buscar una posición que me hiciera volver a dormir hasta que desistí y me fui a la cocina. En el fondo de la heladera encontré un racimo de uvas. Las comí junto a una ventana por la que entraba la noche. Hice memoria y noté que en el último tiempo era la segunda vez que una pesadilla me arrancaba de la cama. Hacía poco había soñado que me dictaban números de dos cifras y los tenía que recordar en orden. La ansiedad me había espabilado por completo. Debía consultar al neurólogo: relacioné mi estado con la medicación que estaba tomando.

*

El médico me escuchó en silencio. Dijo que mis problemas no tenían relación con el tratamiento y, con cierta soberbia, desestimó la inquietud como si se tratara de un disparate. No soy de los que se dan fácilmente por vencidos. Conté las pesadillas como si cada detalle contuviera una clave. Él mantuvo fija la mirada en un pisapapeles de bronce y se fue distrayendo cada vez más. Entonces, paré de hablar y me quejé con un suspiro. En el ambiente había olor a lustramuebles. Para salir del paso, indicó una interconsulta. Dijo que la opinión de un psiquiatra resultaba indispensable. Pronunció un apellido italiano. Pensó dos segundos y cambió a otro apellido. Apuntó las referencias en una receta y me despachó con una palmada en el hombro. Debía volver al mes y tener más fe en su método, eso recomendó.

Salí del consultorio a las siete de la tarde. El sol todavía estaba presente, pero empezaba a sentirse el final del día. Una brisa serena hacía que todo fuera menos grave. Subí al auto y demoré unos segundos en encenderlo. Necesitaba aligerarme. Tomé la avenida costera y fui directo para Bellussi: una *cachaça* era la única salida. El lugar estallaba de gente. Esta vez, una mujer joven y comunicativa reemplazaba al barman de siempre. Llevaba el pelo tirante, rouge oscuro y glitter en el cuello. Supe que se llamaba Dina -todos la nombraban a cada rato- y cuando me habló, usó un tono que me cambió el ánimo. Pedí lo de siempre, pero me propuso un cambio. Mezcló vodka y jugo de pomelo, lo sirvió en un vaso collins: toqué el cielo con las manos. Por lo que entendí, era el cumpleaños del dueño del bar. Repartieron gorros de fantasía y sirvieron champagne en copas de plástico. Había un clima de euforia que creció con las horas y el alcohol. Yo me puse a hablar con un tal Sívori, que diseñaba biosistemas urbanos, pero me aburrí y desvié la mirada al techo. De todas maneras, como me pasaba en Buenos Aires, estaba feliz con mi circunstancia y no quería desaprovechar lo que me ofrecía la suerte. Sin ser aguafiestas, me fui a tiempo: pasadas las 12 estaba en el auto. Pero como tenía el ímpetu renovado, cambié de planes y me fui a la playa en la que había visto a la criatura. Me senté en la arena húmeda con la cabeza apoyada en los brazos y esperé. Al rato, estaba dormido. Cuando

abrí los ojos, había pasado una hora. Una vez en casa, preparé café y me puse a buscar en internet: quería saber con qué tipo de animal me había cruzado. Lo más parecido que encontré fue una beluga, mezcla de delfín y ballena. Tampoco era lo que yo había visto. Esos peces tienen siete vértebras libres y pueden mover la cabeza, pero sus dientes son cortos y romos: mi herida no se correspondía a esa mordida. La dentadura del animal que me había atacado, tan aguda y punzante, y la de mi madre, ordenada y exacta, quedarían para siempre en mi memoria.

La mañana de la cirugía era fresca, soleada y ventosa. Luiz estaba vestido con la babucha de siempre y se lo notaba más pálido que de costumbre. Más pálido y un poco más conversador. Otra vez, contó su primer encuentro con un yanomami. Se había perdido en la selva, estaba completamente desesperado: todos los lugares le parecían el mismo. En un momento, su deambular lo llevó a un río que serpenteaba entre los árboles y, como cualquier alternativa era válida, decidió seguirlo. El agua lo ayudaba a mantener la cabeza fresca. Anduvo un buen trecho y se detuvo sobresaltado: distinguió una figura en el follaje. Estaba con los brazos en alto, quería alcanzar algo en una rama. Le resultó extraño que un animal permaneciera erguido tanto tiempo. Pensó que era un mono y la curiosidad pudo más, le estimuló el coraje. Se acercó con cuidado y, cuando estuvo a pocos metros, comprobó que era un hombre. Esta evidencia le heló la sangre. La cara del yanomami era alargada y seca, parecía un lagarto overo. Tenía un desnivel en la frente, y los ojos, chicos y nerviosos, estaban escondidos detrás de las cejas. De su boca, que era una raya sobre el mentón, salió una voz que se escuchó como un gruñido. Dijo algo incomprensible. Después, le extendió la mano y pronunció su nombre, Ramón. Ese sonido fue para Luiz la puerta hacia una nueva existencia.

*

Raisa, Luiz y yo esperamos sentados en el lobby. El castrador apareció a la hora acordada. Era alto, de unos sesenta años, contextura atlética. Lo acompañaban dos personas: una mujer con rodete y un asiático. Los presentó como el cardiólogo y la anestesista. No había nombres ni identificaciones, pero el servicio que ofrecían era más cuidadoso que el de una clínica privada. Le pidió a Luiz que lo acompañara y a nosotros nos rogó paciencia. Los cuatro entraron en un ascensor vidriado. Por el tablero supimos que bajaron en el segundo subsuelo.

Raisa quedó sentada con la mirada perdida; yo salí a fumar a un patio. Un botones me dijo que en la terraza había un bar con buena vista y subimos. Ocupamos una mesa al lado de una ventana y nos quedamos un rato deslumbrados con el paisaje. Se veía la ciudad a lo lejos y, a los costados de la ruta, la urbanización regulada de los condominios. El panorama me recordó la escenografía de la película *The Truman Show*. Pedimos jugos tropicales y comimos *brigadeiros*. El sol se mezclaba con el pelo de Raisa y lo volvía más rubio. La intensidad de lo que estábamos viviendo la hacía lagrimear y sus córneas irritadas le daban brillo a su mirada. Verla era desearla. Y este hecho tan humano me despertaba una cadena de emociones confusas que me llevaban irremediablemente a la melancolía. Creí que aquella exaltación marcaba una nueva etapa, como si estuviera cambiando de piel o como si otro que no fuera yo se abriera paso desde mi interior.

Nos pusimos a hablar de música. Luigi Dallapiccola. La dodecafonía la tenía fascinada. Tomaba sorbos de jugo y explicaba que, cuando tocaba sus partituras, liberaba dopamina. El efecto se expresaba en un hormigueo en los dedos. Dijo eso y le sonó el celular. Era su agente: le consultaba sobre los conciertos de Mozarteum. Raisa se concentró en la respuesta y yo me entretuve mirándola.

*

La cirugía terminó antes de lo imaginado. Todo salió de perlas, dijo el castrador. En dos horas, a más tardar, nos podíamos ir. Explicó cómo se debía cuidar la herida y fijó fecha para retirar los puntos. En adelante, todo anduvo viento en popa. Hubo pocos cambios en el cuerpo de Luiz. Perdió por completo el vello de las mejillas, la barba se restringió al mentón, y su cuerpo se hizo ancho y poco profundo, constituido -se podría decir- por dos dimensiones. Esperó en la ciudad hasta que se sintió repuesto, y en ese lapso pasó por dos períodos. En uno, estaba exultante, casi eufórico; en el segundo, se deprimió un poco, pasaba las noches mirando series en una computadora de escritorio. En esta última fase, se movía como si fuera un fantasma, no encontraba nada que lo estimulara.

*

Un día lo invité a almorzar a un restaurante naturista. Comimos bajo una sombra vegetal y tomamos limonada con pepino. Luiz dijo que estaba luchando con su hombre viejo y no sé cuántas estupideces más. Nada de lo que contaba me parecía lógico; sin embargo, era cierto que ahora era otro, anfibio entre dos culturas. Para comer se volcaba sobre el plato y lo envolvía con el antebrazo. Como se lo veía débil, lo acompañé hasta el piso que alquilaba. Entramos y me pareció que lo más seguro era dejarlo acostado en la cama. Cuando lo acomodé, se durmió de inmediato y tan profundamente que creí que había muerto. Le acerqué la mano a la boca para verificar que seguía respirando. A la semana de ese episodio, Luiz regresó a la selva. En un sueño, había recibido un mandato: mudar la aldea de los yanomami a las cataratas de Yumbilla, en el centro del Amazonas peruano. Nunca supe si pudo concretar esa misión. Raisal, en tanto, viajó a Buenos Aires con la cabeza cargada de música para cumplir con su gira de conciertos. En una prueba de sonido, se cruzó con Karl y, de acuerdo a lo último que supe, reiniciaron la relación. Él también había descubierto a Luigi Dallapiccola y, como es sabido, las relaciones se fundan en el azar, pero también en la coincidencia de gustos.

Durante mi vida, no hice otra cosa más que fumar y nadar; a través de estas dos actividades me relacioné con el mundo. Los hábitos -como a todos o más que a todos- me preservaron. Usé las costumbres como formas de amparo. Este asunto de volver a lo mismo una y otra vez, y de que esa conducta fabricara la ilusión de conocer mis propios sistemas, me salvó. Anticiparse era parte del juego, saber lo que iba a venir. Lo idéntico como concepto fue, definitivamente, mal interpretado por la razón: no es una condena sino, más bien, un bálsamo. Nadar -una brazada, respirar, otra brazada- y fumar -aspirar el humo, escuchar cómo se quema el tabaco- fundaron mis estrategias de supervivencia, un blindaje frente al incierto porvenir.

*

De un momento a otro, me quedé sin amigos: Luiz en la selva, Raisa en Buenos Aires y Boi deprimido. Fui a la pileta más seguido; de todas formas, me sobraba el tiempo. Pasaba las noches en Bellussi, pero el contexto, que antes me resultaba divertido, ahora me parecía insignificante y frívolo. Dina era la única persona que me llamaba la atención, mezclaba calidez y esmero con preocupación por sus temas personales. Trabajaba en modo automático, y este detalle, más que cualquier otro, resaltaba el costado artificial de la diversión que ofrecía el bar. Dina, la única persona real de aquel sitio; el resto, la masa bamboleante de imbéciles, eran hologramas, gente que no extraía de lo vivido el más mínimo sentido.

Para ocupar el día, pensé en aumentar mis actividades. Hablé con mi jefe, el socio de Luiz, y le conté mi proyecto. Sin abandonar la auditoría de gestión, mi tarea principal, quería tomar horas, unas pocas, como dentista de consulta primaria. Mi jefe me miró como si estuviera loco, pedía más trabajo y de menor jerarquía. Atender pacientes suponía una regresión en la escala zoológica. Eso lo hizo dudar. Revoleó los ojos y me preguntó qué le estaba pidiendo verdaderamente. Le dije lo que esperaba y, como la mentira no era cruel, la pronuncié en voz alta y muy convencido: mal de amores, necesitaba ocupar el tiempo. Accedió y, cuando me estaba por ir, me preguntó qué me había pasado en el brazo. Accidente doméstico, le respondí. Me palmeó la espalda y pronunció dos palabras de consuelo. Paradoja: las diferencias con mi jefe eran, al mismo tiempo, nuestro mayor punto de contacto.

Empecé el consultorio y sentí que revivía: blanqueamientos, caries, placas de descanso. Cuando terminaba los turnos, bajaba a fumar con el personal. Nos juntábamos al lado de un cenicero de pie y hablábamos de tonterías como si fueran grandes temas. De esta manera, recreé una época que creía olvidada, también me reconcilié con la idea de que la vida era una sucesión de etapas. Todo anduvo bien hasta que la circunstancia cambió de signo, y no por mi culpa. Me llegó un chico con patología nefropática y lo atendí como a todo el mundo. Sellé las fisuras y las fosas para evitar caries, procedimiento preventivo que hubiera cumplido hasta el más inexperto de mis colegas, pero el diablo metió la cola y el asunto se complicó. El paciente era alérgico a algo que usé en el consultorio. No sé si fue la anestesia, las resinas o el látex pero, de un momento a otro, se le disparó una reacción que, en cuestión de minutos, terminó en crisis. Se le hinchó la lengua, le costaba respirar y se le fue el pulso a las nubes. Por suerte, mi ayudante

respondió a tiempo. Yo, inexplicablemente, me quedé paralizado. Teníamos epinefrina a mano y el chico reaccionó a la primera aplicación. El padre, un gordo prepotente, me agarró de la bata y me sacudió como a un sonajero: inútil informarle que no era el responsable de lo que estaba ocurriendo. El hecho me afectó mucho y estuve varios días sin salir de casa. Cuando me repuse, retomé las tareas de coordinación y traté de hablar lo menos posible con mis reportes. Todos se habían enterado del descuido y me lo hacían saber con gestos y miradas. Ninguno me lo dijo en la cara, pero era evidente que se divertían a costa de mi desgracia. De más está decir que no les importaba verme mal. Para dar vuelta la página, me limité a cumplir mis obligaciones con rigurosidad y profesionalismo.

Un día me desperté temprano y me toqué la herida. Estaba casi cicatrizada y este hecho tan positivo, que debería haberme provocado alegría, me dio una repentina nostalgia. Por alguna razón, imaginé que nunca más iba a volver a ver a la criatura. Y esta idea -porque la oscuridad es porfiada- se hizo poderosa y me retrajo. Pero en ese amanecer, justo a las cinco, con la luz del baño dándome en la cara, recuperé el ánimo. Como la mayoría de las cosas importantes, no hubo razones que lo justificaran, simplemente pasó. Mi pecho, entonces, se volvió más ancho y el aire nuevo que entraba en los pulmones me convertía en alguien más decidido.

Intenté seguir durmiendo, pero no pude. Me di una ducha rápida y sentí que el agua arrastraba los sinsabores de toda una vida. En la calle, la madrugada estaba templada y apacible. Manejé con las ventanillas bajas, despreocupado, por una ciudad prácticamente desierta. Vi a un ciclista de casco flúo y a dos hombres con equipos de gimnasia. Vi también un quiosco de chapa y me detuve a comprar café pero, al notar la heladera cargada de botellas, pedí un guaraná para energizarme. El que atendía, un chino de ojos invisibles, hablaba con el chofer de un taxi sobre la madurez de las frutas. Yo tomaba mi bebida y observaba que en el pasto persistía la humedad de la noche. En ese momento, un perro se paró frente a mí y me miró a los ojos. Parecía cansado. De la hebilla de la correa, le colgaba una chapa con su nombre. Me agaché para acariciarlo y gruñó. Insistí y otra vez gruñó. Lo tomé como una señal. Descarté la botella en un tacho, subí al auto y enfilé para la playa.

*

Estuve un rato removiendo la arena suelta con los dedos del pie. No había llevado los largavistas. A esta altura de los acontecimientos, había entendido que no servían para nada. A los pocos minutos, cambié de posición y clavé la vista en las olas. Mi esmero provocó que, en ese marco de absoluto trajín, divisara en el agua un manojo de líneas, no más de cinco, de absoluta inmovilidad. Pensé que eran defectos de la visión, espejismos, pero de una de ellas surgió, en medio de una niebla azulada, el pez hembra. Asomó la cabeza y me enfocó con sus ojos redondos, como si hubiera estado esperando aquel encuentro. Después, avanzó hacia la costa con un nado directo, agilísimo. Entendí que mi cuerpo no hubiera resistido otro ataque y retrocedí unos pasos, pero antes de la rompiente, se detuvo y agitó tres veces la cola. Noté que estaba compuesta por dos aletas, miembros que, cuando se abrían, se volvían una extremidad única. Enseguida se hundió y quedó visible solo su cresta. Se agitó y en el agua se dibujó un remolino. Acto seguido, empezó a alejarse. Vi su estela en la superficie. Entonces, me sentí completamente desesperado y, sin entender bien qué estaba haciendo, me desnudé. Dudé unos segundos y entré al mar. Mi prioridad era no perderla, ese impulso me comandaba. En un estado de verdadera locura, nadé un trayecto larguísimo a toda velocidad y cuando no pude más, me detuve. La criatura se mantenía a buena distancia. Insistí y continué internándome en el mar. Estaba bien entrenado, pero la emoción y el exceso de tabaco me hicieron alcanzar el límite de mis fuerzas antes de lo previsto. Me detuve por segunda vez a tomar aire. La criatura, como si estuviéramos sincronizados, también dejó de avanzar. Permaneció serena, flotando en absoluta paz. Parecía

esperar algo de mí y yo, desconcertado, aguardaba algo de ella. Cuando recuperé el aliento -al comienzo, imaginé que nunca más me iba a reponer-, pensé que continuar implicaba una muerte segura. Con el alma desgarrada, tomé la decisión más sensata y usé lo que me quedaba de energía para volver a la costa. Antes de emprender la vuelta, di un último vistazo y creí distinguir en su cara un gesto de desconcierto. Le dediqué toda la atención posible a su expresión: estaba seguro de que este iba a ser uno de los recuerdos más importantes de mi vida.

Me costó mucho el retorno: en la última parte dejé que me empujaran las olas. Ya en la playa, me tiré boca abajo en la arena y estuve un rato recomponiéndome. Después, me paré y observé la distancia: la playa desolada. Como sentí frío, me puse la ropa sobre el cuerpo mojado. Enseguida, busqué amparo en una roca. Me senté y la usé de respaldo. Fue un instante de armonía única, un trance perfecto. La brisa me movía el pelo y algunas gaviotas empezaron a sobrevolarme. Entrecerré los ojos y solté los pensamientos para que, en total libertad, se fueran acomodando. Nunca había experimentado un desborde semejante. No sabía qué creer de mi experiencia. Pero de lo que estaba seguro, completamente seguro, era de que había cruzado un umbral, y de que había llegado a ver algo que jamás debería haber visto. Y lo supe, porque esas cosas se sienten con el cuerpo. Ese tipo de transgresiones, esas rebeldías extremas, aunque permanezcan en secreto, tarde o temprano, terminan siendo sancionadas por las leyes que organizan el mundo.



JORGE CONSIGLIO

Nació en Buenos Aires en 1962 y es licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Publicó cinco novelas: *El bien* (2003, Premio Nuevos Narradores de Editorial Opera Prima de España), *Gramática de la sombra* (2007, Tercer Premio Municipal de Novela), *Pequeñas intenciones* (2011, Segundo Premio Nacional de Novela y Primer Premio Municipal de Novela), *Hospital Posadas* (Eterna Cadencia, 2015) y *Tres monedas* (Eterna Cadencia, 2018), traducido al inglés y al turco; los volúmenes de relatos: *Marrakech* (1999), *El otro lado* (2009, Segundo Premio Municipal de Cuento) y *Villa del Parque* (Eterna Cadencia, 2016) traducido al inglés; cinco libros de poesía: *Indicio de lo otro* (1986), *Las frutas y los días* (1992), *La velocidad de la tierra* (2004), *Intemperie* (2006) y *Plaza Sinclair* (2018); y un libro de miscelánea, *Las cajas* (2017), en el que reúne una selección de textos publicados en el blog de Eterna Cadencia.

Foto: © Magdalena Siedlecki.



ETERNA CADENCIA EDITORA

Dirección editorial Leonora Djament

Edición y coordinación Virginia Ruano

Prensa y comunicación Tamara Grosso

Asistente de edición Eleonora Centelles

Diseño de colección y de cubierta Cali Hernández y Vero Lara

Administración Marina Schiaffino

Conversión a formato digital Libresque